



DOS-GUINEAS (Africa occidental). — Jóvenes negros educados por los misioneros. (Pág. 542).

Abrióse también un huerfanato para niñas por las religiosas de Nuestra Señora de Sion, primeramente en Jerusalem y luego en San Juan del Desierto. Un sacerdote estimulado y apoyado por el Ilmo. Valerga empezó con pocos recursos, en 1863, un establecimiento del mismo género para niños.

La última obra de que nos resta hablar, y que no es ciertamente la más insignificante, es la construcción de la iglesia patriarcal que sirve de catedral, así como de la casa contigua, residencia del patriarca y de su clero. ¡Con qué solicitud había dispuesto y arreglado el Patriarca el servicio religioso de la nueva catedral para realzar el culto católico y presentarlo ante los orientales con todo el esplendor de su majestad!

El Padre Santo se dignó atestiguarle su satisfacción especial por dicha obra, enviándole una casulla, acompañada de una carta del cardenal Barnabo, y concediendo una indulgencia plenaria, perpétua y cotidiana en favor de cuantos fieles visitaran la iglesia.

III. — Tales son las principales obras creadas en Palestina por el Ilmo. Valerga durante un episcopado de veinte años. Si pudiésemos descender ahora á algunos detalles, y hacer ver en medio de qué circunstancias desfavorables y con qué escasez de recursos debió obrar; al exponer los obstáculos, las contradicciones, las resistencias que encontró; la prudencia, la delicadeza de su proceder; la paciencia, la energía y la firmeza de que dió pruebas en los conflictos suscitados por las humanas pasiones, no se puede menos, tributando homenaje á los méritos del Ilmo. Valerga, de reconocer que el restablecimiento del patriarcado fué obra de Dios.

Hasta aquí sólo hemos hablado del patriarca de Jerusalem. Ahora vamos á decir algunas palabras sobre el delegado de la Santa Sede cerca de los ritos orientales. El Ilmo. Valerga fué el encargado de esa misión, tan importante como difícil, en 1858. Era aquel el momento de la lucha suscitada con motivo del calendario gregoriano. Al antiguo calendario, seguido hasta ahora por todos los ritos cismáticos y orientales, y hasta entonces por los griegos católicos, la Santa Sede quería constituir el calendario gregoriano. Esta medida encontró viva resistencia. En tan críticas circunstancias la Santa Sede tuvo la suerte de hallar un hombre como el Ilmo. Valerga, quien supo inducir á los obispos orientales á participar de sus sentimientos de amor y respeto por la decisión de la Santa Sede, y la adopción del calendario gregoriano se efectuó pacíficamente.

Año II.—N.º 47.

Una cuestión más delicada surgió en 1864, y fué llevada por el Ilmo. Valerga á un término no menos consolador. Tratábase de aceptar la dimisión espontánea del patriarca griego melchita, Clemente Bahus, y de hacer la elección de su sucesor. Dichas elecciones han ido siempre acompañadas de disturbios. La de 1864 se presentaba con circunstancias especiales que inspiraban los más graves temores. Así, pues, ¡con qué expresiones de afectuosa satisfacción el Padre Santo se dignó felicitar á su delegado, al saber que, sin coartar la libertad de los obispos electores, había sabido reunir los sufragios á favor de un sujeto deseado por la Santa Sede!

Lo mismo debe decirse de la elección del nuevo patriarca armenio en 1866, aunque las circunstancias fueran distintas y precedidas de peripecias más áridas.

Después de cumplidos tantos trabajos y tantas delicadas cuestiones llevadas á cabo felizmente, no se extrañó ya ver al Patriarca de Jerusalem enviado con una misión especial á Grecia y Constantinopla. El Ilmo. Valerga era en Oriente el brazo derecho del Sumo Pontífice, y en su persona parecían estar cifradas las más grandes esperanzas de la Iglesia. No obstante, Dios, cuyos pensamientos distan tanto de los pensamientos humanos, quiso probar una vez más que no tiene necesidad de nadie para su obra, y de un soplo extinguió esa grande lumbrera cuando todas las miradas estaban fijadas en ella. ¡Ojalá su recuerdo pueda ser por mucho tiempo, y aún por siempre para todos los suyos, una exhortación viviente respecto de las virtudes apostólicas de que él dió ejemplo!

LIMOSNA EN FAVOR DE LOS SANTOS LUGARES.

Varios peregrinos que han visitado la Tierra Santa y otras personas devotas conocedoras de las grandes necesidades á que tienen que atender los Padres Franciscanos, á quienes hace largos siglos tiene la Santa Sede encomendada la custodia y el culto de los sitios santificados con la presencia del Salvador, y sabedoras de la

15 Diciembre 1881.

escasez de recursos con que cuentan para subsistir decorosamente, celebrar los misterios de nuestra santa Religión y ocurrir á las necesidades de los católicos, siempre crecientes allí por fortuna, á los cuales han de atender en casi todas sus necesidades por el odio de que son objeto por parte de musulmanes y judíos, se han reunido con el piadoso objeto de recoger algunas limosnas para tan santos y preferentes objetos.

La situación precaria en que se hallan los Padres de Tierra Santa, que casi no cuentan más que con las limosnas de los fieles, por no llegar á ellos más que en cantidades insignificantes los productos de la Obra pía de Jerusalem y de las Comisarias, obligó al Padre Pascual, paisano nuestro y procurador general de Tierra Santa, á hacer un viaje á España en busca de recursos; y obtenido el permiso del Gobierno para hacer una colecta extraordinaria durante su permanencia entre nosotros, se ha abierto una suscripción y se ha formado una Comisión de peregrinos españoles, agradecidos á la caridad con que fueron recibidos en los conventos de Tierra Santa; la cual invita á todas las demás personas que hayan hecho esta peregrinación y á todos los fieles en general, á que miren con la predilección que se debe á los lugares de nuestra redención, á que se unan á ella y se inscriban, procurando fomentarla entre las personas piadosas, seguros de que harán una obra muy grata á Dios, y enriquecida con muchas indulgencias.

El reverendo Prepósito de San Felipe Neri está encargado de recibir todas las limosnas que á este objeto se destinan, y también se recibirán en la Administración de esta Revista.

LAS MISIONES DEL ÁFRICA ECUATORIAL.

V.

Entre los obstáculos que se oponen á las Misiones del Africa ecuatorial hay algunos que los llevo ya indicados en el decurso mismo de mi narración y de los cuales no volveré ya á hablar, porque son comunes á otras muchas Misiones, especialmente en Africa. Bajo este título son ya conocidos de nuestros asociados. Son los esfuerzos del mahometismo, los del protestantismo, y por último la poligamia.

El mahometismo, sin embargo, no cuenta aún en estas lejanas regiones más que un pequeño número de adeptos, apenas algunos centenares. Son mercaderes árabes, en su mayor parte traficantes de esclavos. Abatido y casi agonizante en Europa, el mahometismo no cesa de hacer en las poblaciones del Africa temibles progresos. Impónese á ellas por la violencia, crea provincias y reinos, y se calcula que de cien años á esta parte ha doblado bajo su yugo de hierro unos cincuenta millones de almas. El Africa ecuatorial no dejaría de seguir la suerte de los Estados que la rodean, si aquellas poblaciones bárbaras estuviesen abandonadas á sí mismas. En cuanto á los pueblos ganados al mahometismo, serán durante siglos perdidos para nosotros. La religión musulmana es verdaderamente la obra maestra del espíritu del mal. Ella da á las más profundas necesidades del corazón humano, á sus necesidades religiosas, una especie de satisfacción por la porción de verdad que conserva, y

al mismo tiempo abre á sus pasiones todas las barreras, legitima todos los desórdenes de los sentidos y deifica la fuerza brutal. ¿Cómo arrancar de su dominio á las almas? El mahometismo únicamente puede perecer por sí mismo, por los excesos que son las consecuencias de sus doctrinas, y por la muerte que consigo lleva por doquier. Esto es lo que enérgicamente ha expresado el proverbio oriental: «La sombra de un turco esteriliza por un siglo el campo que atraviesa.» Esta funesta sombra llegaba al Africa ecuatorial en el momento mismo en que en ella se habían establecido nuestras Misiones. Nuestros Padres la encontraron en el Tanganika y en el Nyanza, en la persona de los árabes negreros. Nuestras últimas noticias nos hacen saber que éstos han sabido hábilmente aprovecharse, en el Nyanza, de la afición de Mtesa á la poligamia, y de los temores de invasión que le inspira el Egipto, para distraerle de abrazar el catolicismo. Le prometen dejarle todas sus mujeres y garantizarle sus Estados si se hace musulmán, y Mtesa parece muy indeciso. Ha hecho abrir una mezquita en Rubaga y él mismo ha ido á ella; pero no ha quitado la libertad de predicar á nuestros Padres, que siguen siendo sus médicos.

El protestantismo, por su parte, dispone de inmensos recursos. Llena el Africa de sus enviados, y nuestros Padres les encuentran frente de ellos en cualquier parte del ecuador africano. Pero el peligro es casi más aparente que real. Estos emisarios de la herejía son las más de las veces honrados obreros ú honrados mercaderes que encuentran por este medio con que satisfacer sus aficiones por las aventuras, por el comercio ó por la ciencia. Hasta aquí uno solo, el predicador Makai, se ha mostrado abiertamente hostil á la Mision católica: le he citado más arriba, con ocasión de la llegada de nuestros misioneros al Uganda. Todos los demás, en Mpuapua, en el Tanganika y en el mismo Uganda, han estado llenos de benevolencia y de cordialidad. No hay una sola carta de nuestros Padres en la que no nos hablen de esas buenas disposiciones con sorpresa y con gratitud.

«Diré algo, nos escribe el P. Deniaud desde orillas del Tanganika, de la Mision inglesa de Ujiji. A nuestra llegada la estación se componía de dos individuos. El superior había muerto hacía seis meses, casi inmediatamente después de haber establecido su Mision. Desde que aquellos dos señores tuvieron noticia de nuestra proximidad, nos enviaron cartas en que se nos hacían las más atentas proposiciones. Poníanse enteramente á nuestra disposición, y nos ofrecían recibir nuestros equipajes en su casa y compartir con nosotros su propia morada. No creímos deber aceptar, y contestámos lo más pronto posible á todos sus ofrecimientos. Desde entonces jamás se han contradicho; siempre las mismas atenciones, siempre la misma amabilidad. Por lo demás, creo poder asegurar que ninguno de ellos es ministro. El uno, el actual superior, era, según creo, oficial de marina, y aquí se dedica especialmente á la ciencia: navega á menudo por el lago, y estudia sus orillas para trazar su plano. El otro parece ser un obrero, y se dedica á trabajos manuales.»

El P. Livinhac escribe en el mismo sentido de la Mision del Uganda:

«En nuestras cartas se ha hablado de la oposición que nos han hecho los protestantes. Como á menudo se

habla de una manera general de esta oposicion, sin nombrar á nadie, se podria creer que todos nos han sido hostiles, cosa que seria de sentir, porque, por lo contrario, todos han sido para nosotros muy amables, á excepcion de Mr. Makai, que creo no es más que un obreiro salido de alguna escuela de artes y oficios, y que probablemente piensa conquistarse la estimacion de sus superiores de Zanzibar ó de Inglaterra haciéndonos la oposicion. Os suplico, pues, mi reverendo Padre, que pongais cuidado en que nada se imprima contra el proceder, con respecto á nosotros, de los ministros protestantes en general, y que si se quiere hablar de lo que aquí ha pasado, se nombre á Mr. Makai.»

En otra carta fechada en Ujiji, el Rdo. P. Deniaud vuelve á hablar de todos los buenos oficios prestados á los misioneros por los dos ministros protestantes, quienes se han mostrado totalmente serviciales y llenos de atenciones; lo cual le hace terminar diciendo: «A estos dos excelentes jóvenes únicamente les falta ser católicos.»

A semejantes demostraciones sólo hay que añadir que debemos todos aspirar, por medio de nuestras oraciones, á que llegue el momento en que sea completa la union en la misma fe y en el mismo amor de Jesucristo, y en que la Inglaterra, que tan visiblemente se acerca á la verdad, reciba la recompensa de las virtudes naturales que tantísimos hijos suyos han conservado.

He hablado tambien más arriba de la poligamia. Nada tengo que añadir sino que la Iglesia, que triunfó de la corrupcion griega y romana, tan profunda como la de los negros, no debe desesperar de vencerla. En los primeros siglos tuvo sus postulantes, sus catecúmenos que esperaban el bautismo hasta la muerte, precisamente porque no podian romper los lazos en que estaban prendidos, y finalmente ha formado generaciones de vírgenes. Ella sabrá tener en el Africa ecuatorial una paciencia semejante, y purificar poco á poco aquella sangre corrompida.

Pero fuera de estas dificultades comunes á casi todas las Misiones de Africa, hay otras que son verdaderamente especiales de las del ecuador. Yo veo cuatro principales: el clima, la indiferencia religiosa, la esclavitud y la falta de recursos necesarios. Apresurémonos á añadir que la experiencia nos ha probado que, con el auxilio de Dios y el de la caridad católica, ninguno de estos obstáculos es insuperable.

El clima es sobre todo mortal en la region que se extiende desde las costas hasta los grandes lagos. Allí las tierras son bajas, frecuentemente pantanosas, gracias á la *masiha* ó estacion de las lluvias y á los torrentes de aguas que hace desbordar sobre las llanuras. Los miasmas y las terribles fiebres que ocasionan se desarrollan con rara intensidad bajo la accion del sol de los trópicos. Ni uno solo de nuestros misioneros ha podido librarse de ellas. Sus diarios y sus cartas hablan constantemente de este asunto durante sus largos viajes.

«Empezamos á hacer uso de nuestra farmacia, escribe el P. Deniaud, desde los primeros dias del viaje. La fiebre del Africa ecuatorial, causada por los miasmas que forma la *masiha*, es un verdadero envenenamiento. Empieza por un violento dolor de cabeza, seguido de un frio intenso y de una lasitud general. No tarda en seguir el

delirio, sobre todo cuando el enfermo descansa, y casi todas las noches se pasan en visiones mórbidas. El remedio que se debe inmediatamente administrar consiste en un fuerte purgante, seguido invariablemente de tres, cuatro y hasta cinco dosis de quinina. Si el mal vuelve, hay que empezar de nuevo. Pero esta medicacion debilita mucho, vuelve pesada la cabeza y á veces hasta quita la facultad de pensar.»

Algunos dias despues escribia el P. Livinhac: «Casi todos estamos atacados de la fiebre. Seis Padres están hoy enfermos. ¡Ojalá estas pequeñas pruebas puedan servir para mayor gloria de Dios y provecho de las almas!»

El P. Pascal, que habia de morir víctima de ella, habla de la fiebre como otro Francisco de Asis: «Todos hemos sido visitados por *nuestra querida hermana la fiebre*, escribia desde Kifundi. Todo el mundo sobrelleva alegremente las penas y las privaciones. Es para nosotros un gran consuelo el considerar que sufrimos para el buen Maestro y para las almas que El rescató á costa de su sangre.»

Iguales sentimientos dominan en las otras cartas de los Padres.

«Esta carta, monseñor y venerable Padre, me escribe uno de ellos, no os dará más que una débil idea de lo que hemos sufrido. Debo deciros que las pruebas por las cuales ha querido Dios hacernos pasar han hecho mucho bien á nuestras almas. Si hubiésemos sufrido menos, menos habríamos rezado, menos nos hubiéramos desprendido de las cosas de la tierra, y menos nos hubiésemos unido á Dios. Sea, pues, bendito el divino Maestro por habernos encontrado dignos de sufrir algo por El.»

No es solamente la enfermedad, sino tambien la muerte, lo que rápidamente produce la fiebre tropical. La menor imprudencia puede ir seguida de una consecuencia funesta. Un exceso de fatiga, una marcha forzada y más todavía una permanencia prolongada al sol, un enfriamiento por la noche, una caída en los pantanos, que en otros puntos causarían ligeras indisposiciones, son mortales bajo el ecuador africano. Únicamente los negros desafían impunemente los miasmas que allí se respiran, saturados como sin duda están de ellos desde su niñez, como el antiguo Mitridates. Pero me apresuro á añadir que hoy tenemos la prueba de que solamente los terrenos bajos son peligrosos para la vida de los europeos. En las montañas y en las mesetas elevadas, donde las aguas encuentran fácil desagüe, la fiebre no existe. Despues de haber salvado la region de los grandes lagos, ninguno de nuestros misioneros ha sucumbido, ni ha caído siquiera gravemente enfermo. Todos los que hasta aquí hemos perdido han muerto durante el viaje, entre las costas y las altas mesetas, ó al llegar á su destino, de la enfermedad que habian contraído. Sus cartas nos dan sobre esto multiplicados detalles: en ellas alaban la salubridad del país y hasta su temperatura, que los Padres encuentran menos cálida que la de Argel.

«El Urundi, exclama el P. Dromaux, nos presenta una gran ventaja. Es más sano que el Ujiji. Tiene montañas y colinas bastante elevadas, y tenemos el aire del lago, que es muy bueno. Yo estoy casi repuesto de las fatigas del viaje, y hace más de un mes que no he tenido fiebre.»

«Es lástima que no posea yo el don de la poesía, dice en otra parte, para describiros nuestra estación. Os escribo á la sombra de un copudo árbol, en la pendiente de una colina, á 50 metros del río. Delante de nosotros están las apacibles aguas del Tanganika, con una multitud de barcas de pescadores. Más allá se distingue algo entre la bruma la punta de la grande isla Muzimu y hasta las montañas de la opuesta orilla. A derecha, á izquierda y por todos lados, campos bien cultivados de manioc alternados con plátanos ó palmeras de aceite; en lontananza, detrás de nosotros, elevadas montañas que tienen habitaciones á sus piés, pero inhabitadas y hasta á menudo desnudas desde las primeras elevaciones: un calor regular, menos de 30 grados en el interior, y en el exterior 24 ó 25 grados merced á una brisa procedente del lago.»

Otro tanto dicen del Uganda.

«Hace un mes que vinieron los Padres á reunirse aquí, escribe desde Rubaga el P. Lourdel. De salud estamos mucho mejor. El país es sano; el clima menos cálido que en Argel, 25 grados centígrados á la sombra. Sin embargo, en ciertos momentos el sol es abrasador. Las lluvias son bastante frecuentes, lo que permite sembrar en todas las estaciones.»

El problema que desde un principio se había sentado, á saber, si el clima del Africa ecuatorial sería ó no un obstáculo insuperable para la vida de nuestros misioneros y por consiguiente para el establecimiento de sus Misiones, está, pues, hoy resuelto. Es cierto que la region de las altas mesetas, es decir, el territorio propio de sus Misiones, es saludable y está en condiciones muy superiores á las del litoral. Unicamente subsistirá peligroso el tiempo del viaje para la salud y para la vida del misionero; pero aún allí estos peligros podrán ser atenuados por las lecciones de la experiencia. Es innegable que no evitaremos todos los males, pero los disminuirémos en su justa medida, lo bastante para librarnos de las catástrofes, no lo suficiente para quitar á los misioneros el mérito de su abnegacion y de su sacrificio.

CORRESPONDENCIA.

MESOPOTAMIA.

Carta del Ilmo. Lion, de los Padres Predicadores, arzobispo de Damietta y delegado apostólico.

Karpath, 5 de Setiembre de 1881.

El 18 de Julio último descendí de las alturas de Mardin para dirigirme á Tell-Armen, á tres leguas de distancia, por habérmelo así pedido el Cura y los principales del pueblo. Acepté su invitacion con tanta mayor facilidad cuanto recordaba el simpático recibimiento que en 1876 me dispensaron el clero y los fieles armenios católicos de aquella populosa villa. El vicario general del ilustrísimo Azarian envió uno de sus sacerdotes para que preparase nuestra recepcion, y quiso acompañarme personalmente: por mi parte traía el reverendo Padre Prefecto de la Mision de Mardin y uno de sus religiosos, de suerte que formábamos un regular cortejo. Siguiendo la costumbre del país, los ginetes quisieron hacer alarde de su destreza y de la ligereza de sus caballos, aunque éstos no todos fuesen de pura raza árabe. Luego se nos reunieron

peones armados de pistolas y viejos fusiles, y por fin, al llegar cerca de la poblacion, encontramos los escolares, los monaguillos, los ancianos y las mujeres, que desde lo alto de algunos montecillos dejaban oír sus exclamaciones de júbilo. Desmontámos y nos dirigimos procesionalmente á la iglesia, en donde bendije á aquel honrado pueblo, y supliqué al Señor le conservase en su fe y pureza de sus costumbres. El resto del día se pasó bajo una tienda levantada para nosotros cerca de la iglesia, y en donde el aire templaba el calor de la estación. Pernocámos allí cómodamente, y el día siguiente, domingo, celebrámos las misas por turno en la pequeña pero muy bien dispuesta capilla del pueblo. Aunque no eran más que las seis, sufrí de tal modo por el calor y la falta de aire, que momento hubo en que dudé si podría terminar el santo Sacrificio. Por último, despues de mi accion de gracias salí de aquella especie de horno y respiré libremente. El cura, Dom Jaime, pareció admirado de la prueba que acababa de soportar, y me recordó cuántas veces me había pedido que le ayudase á ensanchar su iglesia. Respondíle, algo en turco: «Veré, reflexionaré, haré lo posible.»

Despues de una ligera colacion fuimos á visitar las ruinas de una antigua ciudad, Kafer-tuth, en donde, segun la tradicion del país, se celebró uno de los últimos sínodos de los siros-jacobitas y proclamóse, por más de treinta obispos presentes, la separacion de Roma. Tras hora y media de marcha llegámos á un villorrio árabe situado en el terreno que ocupó en otro tiempo Kafer-tuth, pero no vimos otras ruinas que un trozo de columna y dos ó tres piedras que por su gran tamaño se conoce formaron parte de alguna construccion. Cuando el Ilmo. Samhiri edificó la iglesia de Mardin había aún en aquel terreno varias columnas semejantes á la que encontramos, y que mandó transportar á no poca costa para adorno de su catedral.

Acercábase el medio día, y fuimos á casa de un jefe árabe que nos acompañaba, y á quien había prometido visitarle en su propia morada en testimonio de gratitud por su buen comportamiento con nuestros católicos. Esperaba encontrar dispuesta la comida de la hospitalidad; pero tuvimos que aguardar dos horas antes que llegase la de sentarnos á la mesa, sobre la que yacía un carnero entero, dispuesto encima un montecillo de trigo reciente, asado primero y luego guisado. Como el apetito apretaba, hicimos honor á este manjar, que nos pareció hasta succulento. Lo que no comimos y otro plato semejante sirvieron para saciar el hambre no menor de nuestro séquito y de los amigos del Agha, en junto unas cincuenta personas que vinieron para obsequiarnos. Cedimosles el divan y el comedor, especie de vasto cobertizo que sirve de sala de recepcion. Dieron muestras de ser mucho más listos que nosotros en su operacion, y se nos reunieron al cabo de quince minutos bajo una tienda exterior que levantaron á nuestra llegada, pero que era menos fresca que el cobertizo. Despues de un ligero descanso y de tomar el café tradicional regresámos á Tell-Armen, llegando allí una hora antes de ponerse el sol.

* Los que no nos acompañaron en nuestra excursion arqueológica no perdieron el tiempo, y como gentes prácticas que creen en la palabra del Evangelio: «Pedid y recibiréis,» habían redactado una peticion dirigida al De-

legado de la Santa Sede. Como se deja comprender, hacían el más grande elogio de su munificencia, y suplicaban humildemente no ser los únicos privados de sus beneficios. En pocos momentos se reunieron treinta y cinco firmas de los notables de la población, y á la noche me presentaron la exposicion á guisa de postres. ¿Qué decir y qué hacer entonces sino prometer que interesaría en su favor á los bienhechores de la *Obra de la propagacion de la fe* refiriéndoles la sencilla y conmovedora historia de la fundacion de la actual capilla?

Tell-Armen (monte de los armenios) es una populosa villa situada á 3 kilómetros de Mardin, en el camino que conduce de esta ciudad á Orfa. Completamente llana y adosada á un montecillo al cual debe su nombre, compónese de un centenar de casas: su población es enteramente cristiana, del rito armenio-católico, y posee una escuela de niños á cargo de la Obra de las escuelas de Oriente. Según la tradicion, Tell-Armen no era sino un barrio de una gran ciudad llamada Kinaissar ó Dinaissar, arruinada y saqueada repetidas veces por los turcos ó los tártaros cuando la última invasion de esas hordas bárbaras en 1509.

Conforme el relato de un monje jacobita de aquella época, Kinaissar poseía veinte iglesias pertenecientes á los sirios, con 1,700 familias. Había además

2,500 familias armenias, 3,500 griegas y 1,810 caldeas. Todos estos infelices cismáticos fueron cruelmente inmolados por los tártaros, excepto los que consintieron en adoptar la religion del Islam ó á dispersarse por el país.

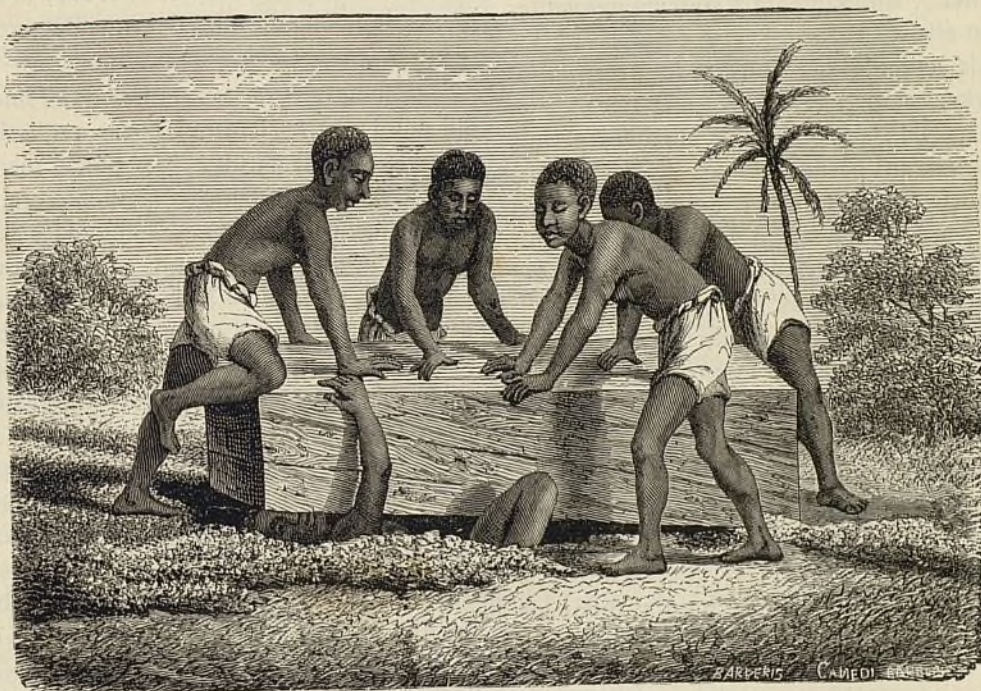
Los armenios ocupaban entonces la parte Norte y Nordeste de la colina, que formaba la ciudadela. En 1789 veíanse aún las ruinas de dos de sus iglesias; el emplazamiento de una de ellas conserva en la actualidad el nombre de *Ane Mariam*, que quiere decir en turco: «Nuestra Madre María;» y la segunda fué en parte reedificada por un carmelita francés en las circunstancias que vamos á referir.

El Rdo. P. Ignacio, de la Orden de Nuestra Señora del Carmelo, era entonces misionero de esa parte de la Mesopotamia, en la que llenaba sin duda las funciones de delegado de la Santa Sede, pues que se le designaba con el título de nuncio apostólico. Habiéndose suscitado

una persecucion le fué preciso alejarse de Mardin para sustraerse al fanatismo de los musulmanes, y tomó el camino de Orfa por el desierto. A la sazón vivían en Tell-Armen siete ú ocho familias armenias católicas que se habían refugiado allí y que apenas eran conocidas: el resto del país era musulmán. El Padre, que recelaba darse á conocer como cristiano y como sacerdote, cobijóse modestamente bajo un minarete, que existía aún cuarenta años há cerca de la actual iglesia, y que más tarde fué destruido por el rayo. Algunos de los cristianos se acercaron entonces al extranjero transeunte, entablaron conversacion con él, y de confianza en confianza se reconocieron hijos de la santa Iglesia católica. Como dichos cristianos se lamentaban de no tener sacerdote, el Rdo. P. Ignacio, movido por su caridad, les propuso permanecer con ellos, lo que aceptaron con viva gratitud.

Como he dicho, no había entonces sino siete ú ocho familias católicas en Tell-Armen: el Padre hizo viniese

secretamente una nueva y numerosa familia compuesta de cinco hermanos que eran perseguidos por los turcos, y el gobierno de Mardin los acogió con paternal bondad, allí les consoló de las pérdidas que habían experimentado por su calidad de cristianos, y les auxilió para que pu-



GABON (*Africa occidental*). — Joven esclava enterrada viva. (Pág. 542).

dieran establecerse en el país. Estos cinco hermanos son los ascendientes del Cura actual, que se gloria, con razón, de descender de aquellos confesores de la fe. El buen Padre carmelita, que tomó afecto á tan sencillos fieles, considerábase feliz dispensándoles los cuidados espirituales de que tenían necesidad, é hizo aún más; llamó de Orfa algunos albañiles y edificó á sus expensas la iglesia actual. Como conocía y ejercía la medicina, los pueblos de los alrededores, aunque musulmanes, no dejaron de favorecerle.

Al cabo de tres años pasados en este modesto ministerio, en 1790, cayó enfermo, y creyendo apaciguada la persecucion en Mardin, quiso volver á ella, sea para recobrar más fácilmente la salud, sea para reanudar las funciones de su cargo. La Providencia, empero, juzgó que sus días habían sido suficientemente aprovechados; así fué que entregó su alma al Señor antes de llegar á su morada, y conforme la costumbre del país, que no per-

mite la entrada de cadáveres en las ciudades, fué enterado extramuros, en el cementerio de los extranjeros. Una losa cubre su sepulcro, en la que se lee todavía, aunque con dificultad, su nombre y el año de su muerte. Este cementerio está á quince minutos de las fortificaciones de la ciudad y á cinco del camino que conduce á Tell-Armen. Desde entonces acá, á pesar del tiempo transcurrido, de padres á hijos se conserva la piadosa costumbre de que al pasar cerca del sepulcro del Padre Ignacio recen un *Padre nuestro* por el descanso de su alma.

¿No es ciertamente deber mio constituirme en abogado de esos fieles, continuando la obra de mi predecesor, y pedir en su nombre á nuestros bienhechores que me ayuden á construirles un templo que corresponda á la poblacion actual? Dios ha bendecido la obra del Padre Ignacio. Las 8 primeras familias se han multiplicado hasta el punto de llegar hoy día á 100, formando una poblacion de más de 800 almas, cifra que tiende á aumentarse: algunas familias jacobitas han venido á establecerse en la villa, y últimamente varios comerciantes han instalado en ella un bazar.

Examinando la actual iglesia y buscando el mejor modo de ensancharla, comprendí que era una nave de la iglesia antigua, lo que confirmaron los albañiles peritos que envié despues de mi partida.

Esta circunstancia, que disminuye mucho los gastos de construccion, permitirá, segun el plan propuesto, edificar una iglesia de tres naves y de bastante capacidad por la suma de 6 á 7,000 pesetas.

Estoy léjos de abrigar la pretension de recibir para mis protegidos la suma entera; pero si la piedad de los fieles me proporcionase la mitad, estoy seguro de obtener el resto del Ilmo. Azarian, el nuevo patriarca de Cilicia.

El agradecimiento que los buenos habitantes de Tell-Armen conservan á su primer fundador, es una prenda del que tendrán para con los que les ayuden á proseguir y ensanchar su obra. Por su parte el que se atreve á constituirse en su abogado no cesa de invocar todos los días sobre vuestros asociados las bendiciones celestiales.

CEYLAN.

Carta del Ilmo. Melizán, coadjutor del vicariato apostólico de Jaffna.

Naidamadma, 27 de Junio de 1881.

Despues de celebrar en Jaffna las grandes solemnidades de la Semana Santa y de las fiestas de Pascua, reanudé la série de mis excursiones apostólicas dirigiéndome á la parte singalesa de nuestro vicariato, á más de 60 leguas al Sur de Jaffna. No permitiendo el viento contrario hacer el viaje por mar, fué preciso tomar la via de tierra, esto es, atravesar de Norte á Sur casi la mitad de nuestra isla, montados en una carreta tirada por bueyes.

El viaje no duró menos de quince días, pues tales bestias sólo adelantan cinco ó seis leguas cada jornada, y descansábamos los domingos y días festivos, especialmente cuando teníamos la dicha de encontrar alguna poblacion cristiana con su pequeño oratorio en donde pudiese celebrar la santa Misa. En expediciones de esta

clase no hay que ir apresurado, y sobre todo es preciso resignarse á la carencia casi absoluta de comodidades.

Tanto para el alojamiento como para la comida y el equipaje se lleva una vida de verdaderos bohemios. Empréndese la marcha por la mañana tempranito y se viaja mientras los bueyes pueden soportar el ardor del sol, esto es, hasta las diez: entonces hay que detenerse á orillas del camino, á la sombra de algun árbol corpulento. Se guisa al aire libre, y una estera extendida en el suelo sirve de mesa y de sillas á la vez. Despues de tomar una frugal comida y de descansar un breve rato, á las dos ó á las tres prosiguese la marcha, hasta la puesta del sol, en que se hace alto para preparar el campamento de la noche.

La pesada carreta que transporta el bagaje y la batería de cocina se transforma en nuestra casa ambulante, en la que tenemos una especie de cama que amortigua un poco las sobrado fuertes sacudidas de nuestro carro de dos ruedas y sin muelles: un pabellon de hojas de cocotero nos defiende contra el sol, la lluvia y el rocío; y por la noche dormimos en tanto nos lo permiten el calor y los insectos.

Como el interior de esta isla no es sino una vasta selva en la que se encuentran pocas poblaciones, á grandes distancias unas de otras, hay por lo menos la ventaja de que sea fácil procurarse alguna pieza de caza que aumente los platos de nuestra comida y dé mejor gusto al arroz hervido y á la picante salsa. Por desdicha nuestros cazadores, el cocinero y el carretero, no son precisamente grandes *sportmen*, y no ha de tener poca malaventura una liebre, una ardilla ó un gallo de los bosques, para que caiga al mortífero plomo de nuestros desmañados compañeros. Sucede á veces que la caza se presenta bajo la forma poco tranquilizadora de un tigre, de un oso ó de un elefante, y entonces nuestros prudentes tiradores juzgan muy cuerdo economizar su pólvora y echar á correr con todas sus fuerzas. Gracias á Dios, no hemos tenido esta vez ninguno de esos desagradables encuentros, aunque durante el viaje encontramos en nuestro camino vestigios recientes del paso del elefante. Tras quince días de esta vida de campamento al través de los bosques, llegámos por fin á nuestro destino sanos y salvos, es cierto, pero bastante fatigados por el excesivo calor, que ha cubierto nuestro cuerpo de tantos granos que parece una llaga.

Los cristianos son numerosísimos en la parte Sud del vicariato de Jaffna, donde se encuentran poblaciones de 2 y 3,000 habitantes enteramente cristianos: éstos, de raza singalesa, son más civilizados que nuestros Tamules del Norte de la isla, y tienen más piedad y celo en lo que atañe á la Religion. Generalmente están más acomodados que el resto de nuestros cristianos, á causa de la facilidad de las relaciones comerciales con Colombo; así es que consiguieron construir á sus expensas algunas hermosas iglesias, de las que se glorian mucho. Desde mi llegada al distrito he tenido el consuelo de consagrar una de ellas en Vennapurai, pueblo cristiano de unas 2,000 almas: para esta construccion, aún no terminada, se han requerido quince años de economía y de trabajo.

Hace cerca de dos meses que me ocupo en visitar los principales centros del distrito para administrar el sacramento de la Confirmacion: sucesivamente he hecho la

visita á Chilaw, Maravilla, Tennapurai, Nanxundancavai, y ahora concluyo la de Naidamadma. El número total de confirmaciones en estas diversas localidades se eleva á unas 1,800: es verdaderamente consolador ver con qué piedad esa juventud hindua se acerca á los santos sacramentos de Penitencia, Eucaristía y Confirmación.

Hemos podido celebrar con gran solemnidad las procesiones del Corpus. ¿Cómo describiros lo gracioso y pintoresco de las decoraciones preparadas? Todo el curso de la procesion se convirtió en una galería cubierta de hojas de cocotero y tapizada de telas de diversos colores: los pilares ó columnas que sostenian el techo de hojas estaban cubiertas de frutas y flores: la caña de azúcar, la banana, los cocos, la naranja, el maguey, la pampelmusa, la piña de Indias, la nuez de areca y otros frutos estaban acumulados con profusion en cada columna: cuatro lindos altarcitos permitieron dar la bendición á los cuatro puntos cardinales de nuestra querida isla. Abrigamos la confianza de que el divino Corazon de Jesús habrá acogido bondadosamente este testimonio de amor de nuestros queridos hindos.

CHINA.

Carta del Ilmo. Eusebio Semprini, vicario apostólico del Hu-nan meridional.

Hen-kiu-fu, 4 de Junio de 1881.

I.

El 12 de Febrero último un catecúmeno de la nueva cristiandad de Siao-Zung-Wang fué sacrificado en odio á la Religión.

Era un buen anciano, viudo con un hijo y dos hijas, que en Diciembre de 1880 se decidió á abrazar la fe católica al mismo tiempo que su hermano y una de sus parientas. Sus vecinos empezaron á perseguirle, pero él persistió valerosamente en su noble resolucion. Encontrándose en esta cristiandad el P. José el día 26 de Enero, el anciano se refugió á su lado con los demás convertidos para evitar los malos tratamientos que no hubieran dejado de infligirle sus enemigos durante las fiestas del nuevo año chino.

El 7 de Febrero todos se reunieron en la residencia de Jen-Kiu, á 80 *lys* (8 leguas) de distancia, para aprender las oraciones. Apenas llegaron, dos individuos de su parentela vinieron á pedirles que volviesen á sus casas. Cediendo á repetidas instancias volvieron sobre sus pasos, detuviéronse algunos dias en Pexa, localidad próxima á Siao-Zung-Wan, y á las cinco de la tarde del 14 de Febrero el catecúmeno se puso en camino para volver á su casa.

Cruzó en una barca el rio que separa las dos poblaciones, y al abordar en la orilla opuesta fué asaltado por unos treinta paganos que, sin darle tiempo de que volviera en sí de su sorpresa, le golpearon con toda suerte de instrumentos, le rompieron brazos y piernas, y por último le apedrearón. Apartaron brutalmente á todos los que querian socorrerle, y arrastraron su destrozado cuerpo hasta la casa del alcalde. El hijo y las hijas de la víctima, locos de dolor á vista de su padre moribundo, prorrumpieron en desgarradores gritos y lanzaron maldiciones

y amenazas contra sus verdugos. Para imponerles silencio, los miserables despues de atarlos les amordazaron y vendaron los ojos. Llegada la noche pasaron una cuerda al cuello del anciano, que respiraba aún, arrastráronle como un perro por la calle, le dieron el golpe de gracia y le sepultaron.

Los hijos del mártir, desembarazados de sus ligaduras, corrieron tras las huellas de los malvados, y encontraron los sangrientos girones de los vestidos de su padre. A toda prisa fuéron á dar parte al misionero. Este informó al mandarin de Luei-lam, quien envió acto continuo treinta soldados para prender á los autores del crimen. Así que tuve noticia de tan triste suceso escribí á dicho magistrado para obtener una pronta represion del asesinato. Los satélites, no encontrando á los culpables en sus moradas, empezaron á prender á los miembros de sus familias y á apoderarse de todo lo que encontraron. Para no perder enteramente su pequeña fortuna, los asesinos se presentaron entonces espontáneamente á los jueces.

Los mandarines rara vez aplican á los reos todo el rigor de las leyes. En vez de castigarlos con la pena capital, como merecian, condenaron á los asesinos á una multa de 4,000 pesetas, de la cual una parte fué entregada á la familia, y las dos restantes á la iglesia de la Mision y al Municipio.

II.

Apenas habian transcurrido tres meses cuando uno de mis misioneros, el Rdo. P. Gaspar Fuchs, de Menores reformados, fué objeto de una trama, de la que escapó como por milagro merced á la proteccion especial de la divina Providencia.

Este Padre habia venido á la residencia episcopal para pasar las fiestas, y regresó á su Mision agitado de funestos presentimientos. Púsose en camino la vispera de la Ascension, y al cabo de nueve dias de viaje llegó felizmente á Fu-Kia-Zum, desde donde tomó la direccion de Win-Kiu-Fu, á donde iba á solicitar del mandarin justicia en favor de varios neófitos molestados por los paganos. En todos los lugares por donde pasaba advirtió extraordinaria afluencia de curiosos: sin embargo, no se inquietó, pues ignoraba que se hubiese formado una maquinacion contra su persona.

«Descendí, escribe, en una posada para pernoctar: eran las diez: una multitud inmensa se estacionaba ante la casa, y el ruido del exterior iba aumentando de suerte que inspiraba serias inquietudes, cuando de repente algunos jóvenes invadieron mi cuarto, preguntándome con tono arrogante el objeto de mi viaje. El maestro cristiano Lien, que me acompañaba, les respondió que iba á ver al mandarin. Estas palabras exacerbaron su furor, desahogáronse en injurias contra mí, y uno de ellos me arrebató los lentes. A todas mis representaciones no sabian responder otra cosa que intimarme á que saliera á la calle. El maestro Lien, comprendiendo el peligro, á toda costa queria disuadirme de que lo hiciera; mas el posadero, asustado viendo su casa llena de paganos furiosos, insistió tenazmente para que saliera al instante. Acerquéme entonces á la puerta; mis enemigos se precipitaron sobre mí, y uno de ellos me arrastró á fuera, mientras que los demás me colmaban de golpes. Derribáronme al suelo, y se encarnizaron rabiosamente con-

migo. El maestro Lien esforzóse por defenderme, pero ¿qué podía solo contra todos? Los verdugos me obligaron á levantarme, y asiéndome por los brazos y empujándome por las espaldas, me hicieron andar ó mejor correr en direccion del rio, continuando los puñetazos y puntapiés. Así llegámos fuera de la ciudad, y comprendí que su intento era ahogarme. En cierto lugar cerca de las murallas quisieron que me arrodillase: obedecí al momento, y encomendé mi alma á Dios. «Hé aquí que ha llegado ya, me dije, la hora fijada por la «Providencia para la realizacion de mi voto más querido. «A la edad de treinta y cuatro años voy á ser mártir. «¡Oh gracia inestimable, de la que mis pecados debieran «hacerme indigno!»

«Aquí comenzaron á lapidarme. Por todos lados llovian grandes piedras sobre mí, corriendo mi sangre á borbotones. Unos treinta paganos asistian como curiosos á mi suplicio. Mis enemigos, en número de veinte, se detuvieron un instante para ver si todavía respiraba. Algunos dijeron que era ya bastante, pero la mayor parte quisieron continuar. Redobláronse, pues, los malos tratos, y con tal encarnizamiento que acabé por no sentirme de los golpes. Al fin me quitaron el calzado y precipitáronme en el rio. Al momento haciendo un esfuerzo me puse á nadar, lo que visto por ellos me lanzaron una granizada de piedras, sin que por fortuna ni una sola me alcanzara. Continué nadando hasta llegar á la mitad de la corriente, donde habia un islote en el que proponia detenerme. El temor de que los enemigos quisieran venir á mi alcance me decidió á pasar más allá, y entré en otro brazo del rio, más ancho y profundo que el primero. Empero habia presumido demasiado de mis fuerzas, las que me faltaron de repente y me creí perdido, cuando mis piés tocaron el fondo, y pude recobrar aliento. Dirigíme con mucho trabajo á un arrozal, y logré por fin ganar la orilla.

«Pasé la noche oculto entre los árboles de un bosque vecino, y al apuntar la aurora acerquéme al rio, en el que encontré á tres pescadores con sus barcas. Les supliqué me condujesen á Lei-Zu-Tan, á 70 *lys* de distancia, ofreciéndoles 2,000 sapeques (12 pesetas próximamente), pero ninguno de ellos consintió. Lavé mi rostro salpicado de sangre, y me puse en camino, sin calzado, sin dinero, sin compañía, con los vestidos cubiertos de

lodo, é ignorando si podria llegar á mi destino. Los transeuntes me preguntaban qué me habia sucedido, pero nadie me dió la menor señal de simpatía; todos rehusaban acompañarme, ni pude obtener de ellos alimento alguno.

«Por fin llegué á la residencia: el P. Lo quedó sobremanera sorprendido al verme, y los cristianos acudieron al momento á prodigarme afectuosos cuidados. Poco despues algunos soldados, enviados en mi auxilio por el mandarin Fu, me manifestaron el sentimiento de todas las autoridades, anunciándome que se habia procedido al arresto de cincuenta individuos. En la ciudad se me creyó muerto, y los pescadores recibieron el encargo de buscar mi cadáver en el rio.

«Los magistrados han tratado ya con rigor á los detenidos en los primeros interrogatorios: inútilmente reclamé para ellos la indulgencia del tribunal.

«He rehusado los servicios del cirujano que el gran mandarin militar Su-Ta-Jen puso generosamente á mi disposicion, y he llamado á nuestro médico Jan-Ki-Lung. Estoy curando de mis heridas; sufro bastante, sobre todo en los piés; mi estómago no puede retener remedios ni alimentos, y me consideraria feliz si el Señor quisiese aceptar el sacrificio que le hago de mi vida. Un pensamiento me consuela, y es que la divina Providencia hará servir mis pruebas para su mayor gloria y la conversion de muchas almas.»

Una carta reciente anuncia que el Rdo. Padre Fuchs va mejorando: todo hace esperar su total restablecimiento.



El ILMO. LAVIGERIE, arzobispo de Argel, bendiciendo á un huérfano árabe. (Pág. 543).

Carta del Rdo. Rouger, lazarista, provicario apostólico del Kiang-si meridional.

¡Un espantoso siniestro acaba de desolar este pobre país, ya tan desdichado! El 13 y el 14 de Agosto, furiosas tempestades, seguidas de lluvias torrenciales, han ocasionado súbitamente una inundacion tal, que no hay memoria de otra semejante, especialmente en la época de la canícula. En pocos instantes los más pequeños arroyos transformáronse en torrentes, los torrentes en anchos é impetuosos rios, y éstos á su vez, engrosados por todas partes con tantos afluentes, se elevaron á prodigiosa altura, precipitándose con furia sobre todas las comarcas vecinas, arrastrando, no sólo las cosechas, si que tambien la tierra de los arrozales.

¡Ay! ¡cuántos cadáveres han pasado cerca de nosotros en el gran río Kan-tchu, inmediato á esta ciudad de Kíngan! Cuéntanse centenares de víctimas arrastradas por las aguas ó que han perecido envueltas en las ruinas de sus casas. Lo que aumenta la amargura de mi corazón es que la calamidad pública ha alcanzado á gran número de nuestros cristianos. La cristiandad de Pi-teu-shu, compuesta de ochenta y seis personas, y distante cuatro ó cinco leguas de mi residencia, ya no existe: ni una sola casa ha podido resistir. El primer catequista y un anciano quedaron desde luego sin vida; muchos otros tienen miembros rotos, ó carecen absolutamente de abrigo, de vestidos y de hogar. A diez leguas de aquí, en el distrito de Tae-ho, la cristiandad de Tchu-san, de cuarenta ó cincuenta personas, ha sido igualmente barrida por las aguas, con todas las aldeas y mercados situados en las inmediaciones del río. No sabemos de qué medios echar mano para subvenir á las más perentorias necesidades.

En nuestro patio tengo multitud de pobres cristianos enflaquecidos por el hambre: esperan llorando que compre arroz para ellos, sus mujeres y sus niños. Poco me queda; pero estoy decidido, mientras tenga una medida de grano, á compartirlo con esos infelices, de quienes Dios se ha dignado constituirme pastor y padre.

Experimento angustias indecibles, pues se me anuncia que otros distritos, en que tenemos también cristianos, no han sido perdonados por el azote.

Os suplico, por lo tanto, que os presteis á implorar la caridad cristiana de parte del provicario apostólico del Kiang-si meridional: pedid recursos en proporcion con nuestras miserias. Desde este día imploro las bendiciones celestiales sobre nuestros bienhechores.

TIBET.

De diferentes cartas de los misioneros del Tibet extractamos la relación de los sucesos de que han sido testigos y que nos dan una idea de las costumbres del pueblo de aquel país y de sus disposiciones respecto á nuestra santa Religión.

I.

La viruela en el Tibet (1).

Así que llegué á Yerkalo (29 de Agosto de 1880), el P. Giraudeau tomó el camino de Bathang á fin de arreglar con los jefes chinos é indígenas los últimos asuntos de la persecución, conviniéndose en el establecimiento de tres familias cristianas en Yerkalo, y como consecuencia necesaria la carga para nosotros de procurarles terreno y habitación, pues hasta el presente los cristianos están todavía fuera de la ley, y si queremos salvar las almas nos es preciso proveer á la subsistencia de los cuerpos (2). Hémos, pues, improvisados arquitectos, albañiles, etc.: por mi parte emprendí el estudio de las palabras técnicas á fin de ayudar un poco al P. Giraudeau. En treinta y cinco días quedaron terminadas las tres nuevas casas.

Vino en seguida la viruela, tan fatal y temida en el

(1) Extracto de una carta del Rdo. Courroux.

(2) Esta situación es particular al Tibet. Estando allí los cristianos fuera de la ley, se ven obligados á expatriarse para escapar á una muerte cierta, y los misioneros tienen que proveer á su establecimiento y á ponerles en estado de ganarse la vida.

Tibet. Vacunámos á los cristianos y á los vecinos de la población, y Dios bendijo nuestros desvelos, pues todos fueron preservados. No obstante, consultóse á los ламас, y sus agüeros, ó mejor el odio que abrigan contra nosotros respondió constantemente: «No os dejéis vacunar por los extranjeros.» Dos chinos recorrían el país mediante considerable sueldo, y hacían absorber por la nariz costras de viruela pulverizadas. Estos dos ciudadanos eran elegidos por los agoreros. Mas como el demonio no tiene otro poder que el que Dios le deja, casi todas las personas vacunadas de esta suerte enfermaron gravemente y muchas sucumbieron. Fué fácil entonces hacer favorables comparaciones, porque nosotros nada pedíamos y hasta rehusábamos los regalos.

El pueblo acabó por reconocer que los ламас no se interesaban por salvarles, sino en satisfacer su aversión implacable. Dejóles, pues, y vino en masa á pedirnos que le preservásemos del contagio. Feliz resultado, desconocido desde mucho tiempo en este país, en donde el pueblo es esclavo de los ламас.

Durante un viaje del P. Giraudeau vacuné una tarde á 210 personas de una misma localidad, conducidas por el jefe del distrito, quien había contestado á las reclamaciones de los ламас «que no debían entrometerse en sus asuntos.»

Gracias á Dios, no sucumbió una sola de las 700 personas á quienes vacunámos. La situación, sin embargo, es siempre la misma, y subsiste el principal obstáculo que impide las conversiones. Mas la religión del *Señor del cielo* es mirada con respeto, y á sus ministros, los proscritos de ayer, se les aclama en toda la comarca como salvadores y libertadores del pueblo. Lhasa, que envía órdenes á todas partes para que se nos nieguen los víveres y no se deje mancillar el territorio sagrado recibiendo á los *diablos extranjeros*, sabe muy bien lo que sucede; le consta que tenemos la estimación y simpatía de todos los que nos conocen y tratan; comprende que sólo retiene al pueblo por el temor y la tiranía, y que desde el momento en que una autoridad suficiente apoye los esfuerzos de los misioneros se verá abandonada por muchos. Todo esto no es á la verdad el cumplimiento de nuestras esperanzas, pero no deja de ser feliz preparación; y realmente, sin contar las conversiones ya obtenidas, puede afirmarse que la Iglesia prospera en el Tibet á pesar de las constantes persecuciones. ¡Dios sea por ello loado, bendito y glorificado!

II.

El pueblo tomándose la justicia por su mano.

En una localidad próxima á Yerkalo, llamada Kiong-long, se cometían robos bastante considerables. Con frecuencia desaparecían *dzo*, *yachs*, cabras y carneros: pobres y ricos eran víctimas de tales rapiñas. Secretas pesquisas hicieron recaer las sospechas sobre cinco individuos, y en breve los cuernos y la piel de los animales robados confirmaron las suposiciones. Tomáronse medidas para prender á los culpables, y así se consiguió con dos de ellos, escapando los tres restantes. Entonces tuvo lugar fuera de Kiong-long un gran consejo en el que sólo toman parte los jefes de familia, y establecióse que los dos culpables fuesen arrojados al agua.

La ejecución tuvo lugar el 7 de Abril. Detrás de nues-

tra casa vimos desfilar sesenta hombres, unos á caballo y otros á pié, todos armados hasta los dientes y conduciendo á los dos ladrones. De vez en cuando oíanse detonaciones de fusil, pero el orden era inalterable. En vano algunos lamas y personajes influyentes pidieron gracia para los reos: contestóseles que el asunto era cosa del pueblo y que nadie tenía que ver en ello. Llegados á la orilla del río, llamado aquí el Dakio (más abajo el Mei-Kong), cada cual cumplió su oficio, que se había sacado á la suerte. En el momento de la ejecución se oyeron gritos salvajes en ambas orillas del río, á las que acudían en tropel los espectadores. Cuando las aguas llevaban los cuerpos á la ribera, eran éstos recibidos á tiros y á pedradas. Precaución inútil, pues habiendo insultado las víctimas á sus verdugos en el momento de sujetarlas, éstos se desquitaban acuchillándolas... Satisfecha la vindicta, el cortejo regresó con el mismo orden y silencio. Todos los jefes de familia estuvieron obligados á asistir al suplicio.

No terminó aquí la cosa, pues se tuvo otro consejo y votóse el impuesto de seis fardos de té para los seis hombres encargados de ir en persecución de los fugitivos, y que recibieron la misión de darles muerte, caso de que no les fuese posible traerlos vivos. Ultimamente fueron detenidos dos, un padre y su hijo. Cierta lama pidió gracia para el padre, pero se le rehusó: ha suplicado que por lo menos se contenten con arrancarle los ojos y cortarles las manos. ¿Será atendido? Lo ignoro aún. Los jefes de la villa se esfuerzan por salvar á los culpables, pero el pueblo se opone. Y sin embargo gran parte de esa gente que se muestra tan inexorable cometió más de una vez el mismo crimen; muchos robaron á los misioneros. Jueces y reos, verdugos y víctimas eran antiguos conocidos: hace pocos meses trabajaban en nuestras casas y cada tarde se divertían juntos. No creía que este pueblo fuese tan cruel. Respecto al otro ladrón, según se cree refugióse en casa de un lama. Sobre semejantes sucesos pueden hacer serias reflexiones los que quieren el gobierno del pueblo por el pueblo.

III.

Bautismo de una mujer tibetana (1).

Ayer dimos cristiana sepultura á una pobre tibetana de Yerkalo, que, herida mortalmente la víspera, quiso recibir el santo Bautismo antes de morir.

Esta mujer, á quien ya conocía Vuestra Ilustrísima, era Tundjrudjreuma, hermana de Seunamtso y de Putsidjru. Paso á referir algunos detalles acerca de esta conversión *in articulo mortis*.

Anteayer algunos tibetanos de Tsachu vinieron á acusar á Putsidjru de haber robado un mulo en la montaña de Kiala. Nególo aquel enérgicamente, y al momento empezó una riña: al oír el tumulto, Tundjrudjreuma acudió en auxilio de su hermano, quien desasióse como pudo de las manos de los Tsao-chuas, evitó sus sablazos y emprendió la fuga. Entonces uno de aquellos salvajes adelantóse hácia la indefensa mujer y le hundió el puñal en el pecho: cumplida esta hazaña los asesinos regresaron tranquilamente á Putigne.

Poco después Seunamtso y su madre vinieron á referirme el hecho, suplicándome que fuése á ver á la vícti-

ma á fin de procurarle algunos remedios si no había fallecido aún. Nadie podía dar razón del estado de su herida, pues ninguno se atrevió á mirarla. Descendí, pues, á la casa de Putsidjru, en donde la infeliz mujer yacía en el suelo, tratando de retener con ambas manos las entrañas que le salían por la herida.

No creyendo en la posibilidad de la curación, declaré el peligro á Seunamtso; preguntéle si su hermana sabía algo de nuestra Religión y si deseaba abrazarla, y me respondió que indudablemente desearía hacerse cristiana, que estaba instruida y bastaría prepararla un poco: inmediatamente se acercó á la paciente para interrogarla.

La respuesta fué afirmativa: dijéronle entonces que hiciese un acto de fe, y apresuráronse á manifestarme que mostraba excelentes disposiciones.

Al entrar en la casa la encontré llena de paganos de ambos sexos. Pregunté á la doliente si creía en Dios, único Señor del mundo, nuestro Creador y Redentor; si perdonaba á los que la habían herido, etc., etc. A todas mis preguntas respondió satisfactoriamente, y pidió recibir el Bautismo. Tras una breve exhortación la bauticé en presencia de casi todos los paganos de Yerkalo, allí reunidos y guardando religioso silencio.

Cumplida la ceremonia, los paganos me preguntaron si podía introducirse las entrañas: respondíles que la operación era difícil y peligrosa, pero que si querían intentarla no había inconveniente. Una pagana hizo entonces esta reflexión: «Probémoslo: si muriese nada hay que temer, pues el jefe ya le administró el Bautismo.» Empero la enferma, que había conservado constantemente perfecto conocimiento, me preguntó si aquella operación la curaría, y habiéndole manifestado que nada podía asegurarse, prohibió que le tocasen la herida. Cumplida mi misión, regresé á casa, bendiciendo la infinita misericordia de Dios, que no permitió que aquella pobre mujer muriese instantáneamente, sino que le dió tiempo para que pudiese recibir el Bautismo.

Al anoecer volví de nuevo á visitar á la enferma, y la encontré orando al Dios que há poco había aprendido á conocer. «¡Dios mío, socorredme!» exclamaba. Seunamtso, creyendo que moriría aquella noche, permaneció á su lado.

Al día siguiente por la mañana algunos paganos propusieron introducirle las entrañas, en lo que consintió gustosa su familia, y así se hizo á pesar de los desgarradores gritos de la paciente, que no quería que la tocasen. Poco tardó su hermano en venir á anunciarme que estaba á punto de espirar. Al momento los cristianos se dirigieron á su casa para orar, y yo descendí con ellos. Al cabo de pocos minutos Tundjrudjreuma exhaló apaciblemente su último suspiro, habiendo conservado el conocimiento hasta el fin. Seunamtso no abandonó á su hermana desde el momento en que fué herida hasta su muerte. A cada instante le hablaba de Dios, del cielo y de la gracia que acababa de recibir en el Bautismo. En este asunto Seunamtso, neófita, bautizada sólo hacía un año, se mostró llena de fe y de abnegación.

Cuando me disponía á salir de la casa mortuoria, los paganos vinieron todos á suplicarme que diese sepultura cristiana á la difunta, y pusieronse á mis órdenes para los preparativos del entierro. Híceles observar que, habiendo sido asesinada aquella mujer, más adelante se

(1) Extracto de una carta del Rdo. Giraudeau al Ilmo. Biet.

nos podrian crear embarazos. Contestaron que todos sabian que no habíamos querido otra cosa que salvar el alma de la difunta, y que no nos mezclámos para nada en los sucesos precedentes. Entonces el P. Benigno y yo prometimos, con gran contento del pueblo, que haríamos la ceremonia solemnemente.

Los paganos pusieron acto continuo manos á la obra; fabricaron un ataúd y abrieron el hoyo. Poco antes de la puesta del sol procedimos á levantar el cadáver, cantámos los responsos en la capilla y luego se hizo la conduccion á nuestro cementerio. Casi todos los paganos asistieron á la ceremonia, guardando el más profundo silencio, lo que apenas se observa en sus reuniones religiosas. Putsidjru ha venido hoy á ofrecernos una fanega de cereales para recompensarnos los cuidados que prodigámos á su hermana y las oraciones que hicimos por ella. Le hemos dicho que ciertamente habíamos orado y oráramos aún, pero que no queríamos aceptar un presente que le privaba de lo necesario.

Los cristianos afirman que este acontecimiento ha producido notable efecto entre los paganos, y les creen casi dispuestos á convertirse. Sólo Dios sabe si esta conversion se llevará á cabo, pues los lamas son siempre omnipotentes dueños; pero por lo menos hemos tenido el consuelo de ver á los paganos muy bien dispuestos hácia nuestra santa Religion. De boca de muchos de ellos oí palabras que me sorprendieron. Mientras interrogaba y exhortaba á la enferma antes de administrarle el Bautismo, algunos le repetian mis palabras para hacérselas comprender. Al principio trataron de consultar á los agoreros para saber si debian meterle las entrañas, mas habiéndose hecho cristiana, no se atrevieron á echar mano de supersticion alguna. Los que todavía ignoraban todo lo acontecido preguntaban con interés si le habia dado la *señal de nuestra Religion*. Esperamos que tarde ó temprano esas pobres gentes sacudirán el yugo del demonio para andar guiados por la luz del Evangelio que ya conocen, pero que no se atreven á aceptar porque carecen de suficiente valor para arrostrar la persecucion.

ISLAS SANDWICH.

(OCEANIA).

Acaba de tener lugar en las islas Sandwich un acontecimiento que ha producido honda sensacion en el público, y en el que se ha ocupado mucho la prensa protestante del país. Como interesa directamente á la religion católica y ejercerá, segun creemos, favorable y provechosa influencia en el espíritu de los naturales, no queremos dejarlo ignorar á nuestros lectores. Trátase de un homenaje rendido al cielo y á la abnegacion de los misioneros, homenaje que honra sobremanera á la princesa que ha sabido tributarlo. Debe tenerse presente que es una ardiente protestante, y que sus ministros son asimismo protestantes liberales, nada sospechosos, por consiguiente, de ser favorables al Catolicismo. A pesar de las prevenciones y de mezquinas influencias, la Regente de las islas de Havai ha demostrado que la elevacion de su espíritu iguala á la nobleza de sus sentimientos.

Aquí se hacen necesarias algunas explicaciones.

En el mes de Mayo último el Sumo Pontífice dignóse

dar un coadjutor al venerable vicario apostólico de las islas Sandwich, Ilmo. Maigret. Su eleccion recayó en un sacerdote que más de veinticinco años há trabaja en la Mision, el Rdo. P. Herman Koeckmann, nombrado obispo de Olba *in partibus*. Consagrado en San Francisco el 21 de Agosto, el Prelado, de regreso á Honolulu, quiso presentar sus homenajes á la Princesa-regente.

Su Alteza acababa precisamente de visitar algunas islas del archipiélago, en particular la de Molokai, en donde se encuentra la gran leproseria.

Séanos permitido tomar del *Monitor del Comercio de Havai*, del 24 de Setiembre último, el relato de dicha visita, que ha de interesar á nuestros lectores y les hará comprender mejor lo que se leerá despues.

El 15 de Setiembre Su Alteza Real, acompañada de su hermana la princesa Likelike, del Ilte. J. M. Kapena y de otros personajes, descendia de la embarcacion *Lehua* en Kalaupapa, desembarcadero del establecimiento de los leprosos.

Casi todos los enfermos de la leproseria, en número de cerca 800, estaban en la orilla. Unos 75 de ellos, vistiendo groseros uniformes, marchaban en fila como soldados, formando una especie de escolta de honor. Se habia establecido un muelle provisional, y levantado un poco más lejos, para la recepcion, una vasta tienda en forma de cabaña. El camino que conducia á ella desde el desembarcadero estaba cubierto de césped y de flores, y á ciertas distancias se elevaban arcos de triunfo con elegantes inscripciones. Todos se maravillaron de que hubieran podido hacerse tantas cosas, considerando el triste estado de aquellos infelices y el poco tiempo de que pudieron disponer, pues sólo habian sido prevenidos de la proyectada visita con dos dias de anticipacion. Pero todo llevóse á cabo bajo la direccion del P. Damian y del superintendente Sr. Meyers.

Los leprosos trataron desde luego de alegrar á Su Alteza con sus ovaciones, saludándola con el nombre de Princesa-madre; pero en breve una nube de tristeza veló aquellos desfigurados rostros. La Princesa-regente, á la vista de los estragos causados por la terrible enfermedad en personas cuya mayor parte conocia personalmente, estaba visiblemente conmovida, y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas. Quiso hablar; pero de sus labios, trémulos de emocion, no pudo salir palabra alguna, y por lo tanto hizo seña al Ilte. J. M. Kapena para que hablase en su nombre á aquellos infelices.

Despues de visitar detenidamente todo el establecimiento, la Princesa-regente partió por la tarde para volver á Honolulu.

Allí supo el deseo del ilustrísimo Obispo de Olba, y no satisfecha con acceder á él gustosa, quiso dar inusitado esplendor á la audiencia. Habiéndose convencido por si misma del bien producido en aquellas islas por la religion católica, quiso dar al Prelado, con esta solemnidad, como un derecho de ciudadanía ante sus súbditos protestantes.

La *Gaceta de Havai* y el citado *Monitor* del 24 de Setiembre nos traen el relato de la audiencia, que es como sigue:

El martes 20 de Setiembre á las once, Su Alteza Real, la Princesa-regente recibió en el palacio Iolani al ilustrísimo Obispo de Olba, recientemente consagrado en San Francisco, quien debe llenar las funciones de coadjutor cerca del Ilmo. Luis Maigret, obispo de Aratia y vicario apostólico.

Su Alteza en esta ocasion iba acompañada de Su Alteza Real la princesa Likelike; de Sus Excelencias el gobernador de Oahu, los ministros de Negocios extranjeros, del Interior y de Hacienda, y otros muchos personajes civiles y militares.

El Sr. Feer, cónsul y encargado de negocios de Francia, fué introducido ante Su Alteza Real por el señor Ministro de Negocios extranjeros, quien presentó á su vez al Sr. Ratard, canceller de la Legacion francesa, y al ilustrísimo Obispo de Olba. Este le presentó por si mismo varios miembros de su clero que le acompañaban.

Terminadas las presentaciones, el ilustrísimo Obispo de Olba dirigió á Su Alteza el siguiente discurso:

«Sean mis palabras propicias á Vuestra Alteza Real.

«He solicitado de Vuestra Alteza el favor de una audiencia á fin de poder ofrecer mis humildes homenajes á aquella que al presente es la primera autoridad del reino.

«El venerable Obispo, Ilmo. Luis Maigret, ha sabido conquistarse el respeto de los reyes y del pueblo de este país por el bien que ha hecho durante más de cuarenta años. Pero debilitado al presente por los años y por penosos trabajos, el primer jefe de la Iglesia católica me ha nombrado su coadjutor, y esta es la razón porque, después de recibir pocos días há la consagración episcopal en San Francisco, vengo para ejercer en este reino las funciones de mi cargo.

«Hay en este mundo dos poderes establecidos por Dios omnipotente para el bien del género humano: la autoridad civil, que se ocupa en la prosperidad temporal de las naciones, y la autoridad espiritual, que vela por la salvación de las almas. Estos dos poderes, emanados del mismo Dios, son distintos uno de otro, pero no opuestos. Según la voluntad de Dios deben concurrir juntos á un solo y único fin.

«Con viva gratitud vemos las justas, ó mejor dicho, las benévolas disposiciones del Gobierno para con la Iglesia católica. Así, en todo lo que me concierne me haré un deber de seguir las huellas del ilustrísimo Maigret, tan profundamente venerado, y tributar en todo tiempo respeto y honor á Su Majestad el Rey. Con la ayuda de Dios mi clero y yo nos esforzaremos constantemente, con nuestras palabras y nuestros actos, en mantener la independencia del reino; aumentar, si cabe, la dicha de la familia Real, y asegurar á toda la nación los bienes eternos y las bendiciones de Dios.»

Su Alteza contestó en los siguientes términos:

«Ilustrísimo Obispo de Olba:

«Grande es mi satisfacción recibiéndolos en este día en calidad de obispo de las islas Hawai, y estoy segura de que seréis digno coadjutor del venerable Ilmo. Maigret, quien, como acabais de decir, se ha captado el respeto de los reyes y del pueblo de este país por el bien que en él ha hecho durante cuarenta años.

«El Gobierno ha deseado constantemente mostrarse justo y benévolo hacia todos los que predicán la religión cristiana, convencido de que, aun teniendo por principal objeto el bien espiritual de sus ovejas, deben necesariamente ayudar á las diversas autoridades en procurar también el bien temporal del pueblo, insistiendo en toda ocasión acerca el respeto debido á las leyes y la fidelidad al rey. Es una satisfacción muy grande para mí recibir la seguridad de que os proponéis seguir las huellas del venerable Ilmo. Maigret, tan justamente respetado; pues el objeto que se ha propuesto durante tantos años como jefe espiritual de considerable parte de los súbditos de Su Majestad, ha contribuido mucho, estoy segura de ello, al adelanto, al bienestar y á la independencia de la nación.»

Su Alteza Real entregó entonces al Sr. Feer para el Ilmo. Maigret el diploma y la condecoración de Grande oficial de la Orden de Kalakaua con la siguiente carta:

«Ilustrísimo señor:

«Permitidme aprovechar la ocasión que me ofrece la recepción del coadjutor encargado de secundaros en vuestros trabajos cada vez más crecientes, para manifestaros el grande aprecio en que tengo los servicios que habeis hecho al pueblo de Hawai en el importante puesto que os ha sido dado ocupar tantos años con felicísimo éxito.

«Os suplico aceptéis la condecoración de Grande oficial de la Real Orden de Kalakaua en testimonio de la estima que habeis inspirado á mí misma, al Rey mi hermano y á los que le han precedido en el trono de Hawai desde que cumplís las funciones de vuestro elevado cargo.

«Hago votos para que os halleis en estado de gozar aún largo tiempo de las bendiciones de Dios, de la confianza de Su Santidad el Soberano Pontífice y del amor de nuestro pueblo.

«Vuestra amiga,

«LILINOKALANI, regente.»

En la misma audiencia Su Alteza Real entregó también al ilustrísimo Obispo de Olba para el Rdo. P. Damian Devenster el diploma y la condecoración de Caballero comendador de la Orden de Kalakaua, con esta carta:

«Reverendo señor:

«Deseo expresar toda mi admiración por los heroicos y desinteresados servicios que prestais á las personas más infelices de este reino, y dar en algun modo un público homenaje á la abnegación, á la pa-

ciencia y á la caridad sin límites con que os ocupais incesantemente en el alivio corporal y espiritual de todos esos infortunados, necesariamente privados de los cariñosos desvelos de sus parientes y amigos.

«Sé muy bien que vuestros trabajos y sacrificios no tienen otro móvil que el deseo de hacer bien á seres tan infelices, y que no esperais otra recompensa que la de Dios, nuestro soberano Señor, quien os dirige é inspira. Sin embargo, para satisfacer mi deseo os suplico, mi reverendo Padre, que aceptéis la condecoración de Caballero comendador de la Real Orden de Kalakaua, como un testimonio de mi sincera admiración por los esfuerzos que haceis para suavizar las angustias y dulcificar de todos modos los sufrimientos de esos infortunados, como tuve ocasión de convencerme de ello, pocos días há, en la visita que hice á ese establecimiento.

«Soy vuestra amiga,

«LILINOKALANI, regente.»

Interesante es saber cuál fué la actitud de los periódicos protestantes en esta ocasión. Apresurémonos á manifestar que fué satisfactoria. Sus apreciaciones, tanto más significativas cuanto pudiéramos hacer algunas reservas acerca del espíritu que las dictara, atestiguan perfecta lealtad. Sin duda se nos agradecerá las pongamos á la vista de nuestros lectores.

Con vivo placer, leemos en la *Gaceta de Hawai* del 21 de Setiembre, tuvimos ayer conocimiento de un noble rasgo de su Alteza Real la Princesa-regente. El Obispo de Olba, con motivo de inaugurar las funciones de su nuevo cargo, y seis individuos de su clero, le fueron presentados por el encargado de negocios de Francia, y la Princesa ha aprovechado la circunstancia para conferir la Orden de Kalakaua á dos miembros del clero católico, el Obispo de Aratia y el P. Damian.

Nunca estas condecoraciones fueron más digna y justamente concedidas. Para el anciano Obispo este honor le llega en el momento en que va á terminar una larga y honrosa carrera. Es un testimonio de gratitud por los señalados servicios que ha prestado con infatigable celo á multitud de habitantes de Hawai. Como sacerdote y como obispo se ha adquirido, no sólo la veneración, sí que también el amor de todos los que le conocen. Su existencia al principio fué muy combatida, pero opuso siempre á todas las tempestades una gran firmeza unida á una inalterable dulzura. Pasada la tempestad se desvanecieron las disposiciones hostiles, y este mismo país, que en otro tiempo le prohibía poner el pié en sus playas, le confiere hoy uno de sus más grandes títulos de honor.

El P. Damian lo recibe como premio de una abnegación de la que muy pocas personas serian capaces. A nuestro parecer la obra de este digno sacerdote es de las más admirables que puedan emprenderse. Este hombre que, sin motivo alguno de esperanza terrena, fija voluntariamente su morada entre los infelices enfermos de Kalawao, se dedica enteramente al alivio de los pobres leprosos y se expone á contraer tan horrorosa dolencia, que puede devorar poco á poco su cuerpo por partes, ¿qué otra cosa hace sino la obra del divino Maestro? De todos los honores que puedan otorgársele en la tierra, ¿hay uno solo que pueda añadir una partecilla á su gloria? Confiriéndole la Orden de Kalakaua la Regente no ha hecho sino manifestar el aprecio y la admiración que le inspiran un hombre que sacrifica su vida por los más infortunados de sus súbditos.

Nos satisface tanto más lo que acaba de suceder, cuanto que, obrando como hemos dicho, la Princesa se ha sobrepuesto á las prevenciones y á todas las mezquinas intrigas para honrar el mérito, sin preocuparse por las creencias religiosas. Esta es la verdadera libertad de pensar, que constituye indudablemente el carácter distintivo de nuestra época...

Tenemos viva satisfacción al consignar que la Princesa, aunque celosa protestante, sabe recompensar el mérito hasta en aquellos que le son opuestos bajo el punto de vista de las doctrinas religiosas.

Hacemos sinceros votos para que esos hombres de abnegación permanezcan en medio de nosotros, gozando de los honores que legítimamente se han conquistado. ¡Ojalá conserven por mucho tiempo la fuerza para trabajar en la obra de Dios sobre la tierra, alimentando á los pobres, cuidando á los enfermos, atrayendo á los extraviados, y apartando á los pecadores del mal camino para hacerlos entrar en la senda de la virtud. ¡Ojalá puedan, en una palabra, conducirlos á esta vida á la cual todos quieren llegar, por la cual todos anhelan, pero á la que tan pocos llegan!

Tan noble lenguaje merece ser contrapuesto á los artículos de muchos escritores católicos, y estas líneas sin género de duda les honrarian.

Léanse ahora las reflexiones del *Monitor del Comercio*:

La condecoracion de la Orden más elevada concedida por la Princesa-regente al Ilmo. Maigret como muestra de gratitud por el celo infatigable con que ha trabajado para asegurar la prosperidad y la dicha del pueblo de Havai, honra tanto á la Princesa que la da como al Obispo que la recibe, y añade nuevo lustre á la distincion y al mérito de la Orden misma. Llegado al ocaso de su vida, el digno Prelado no espera otra recompensa que la del divino Redentor: no obstante, el bueno y anciano Obispo debe experimentar sumo gozo viendo que, despues de haber penetrado tan difícilmente en estas islas, cerca de medio siglo há, porque un Kaahumanu le hizo viva oposicion, recibe hoy elogios y honores de otro, pero más noble, Kaahumanu.

La visita de la Regente á los leprosos de Molokai es el episodio más conmovedor de su excursion á las islas del archipiélago. Aquel establecimiento contiene 800 enfermos próximamente, juzgados incurables. Aunque la escena de Kalaupapa sea un punto negro en la historia del país, sin embargo es en cierto modo aclarado por el afecto que la Real familia profesa á aquellos que sufren sin esperanza y no obstante sin murmurar...

Mas esta lamentable historia de los leprosos, esta página tan sombría de los anales de Havai, está ilustrada especialmente por la abnegacion y los sacrificios de un hombre de bien. Este jóven sacerdote, el P. Damian, que consagra su vida á los leprosos, es una gloria para el país (1). El hace revivir el santo heroismo de los sangrientos circos de la antigüedad, y aún más. ¿No seria, en efecto, un favor insigne ser arrojado para pasto de una fiera, antes que ser condenado á vivir en la atmósfera emponzoñada de una leprosería? Y Damian, el soldado de Cristo, vive muchos años há entre los desterrados de Molokai; está constantemente en medio de estos enfermos, separados del resto de los hombres como apestados á quienes las personas sanas no se atreven á acercarse ó tocar; se consagra á su servicio, cura sus úlceras, les excita á poner su confianza en el divino Maestro y á esperar vida mejor. Por último, en la hora de su muerte los amortaja con sus propias manos antes de conducirlos á su última morada. Semejante amor á los infelices no puede inspirarlo sino el amor de Dios, y El solo puede recompensarlo dignamente. Sin embargo, un Gobierno se honra y glorifica el país cuando atestigua á este hombre su gratitud, como lo ha hecho tan á propósito y felizmente Su Alteza Real la Princesa-regente, confiriendo al santo sacerdote la Orden de Kalakaua. ¡Honor, pues, al noble corazon de la Princesa, que ha hecho tan sabio y digno uso de su poder para agradecer tamaña abnegacion!

Bástanos haber citado estas palabras: todo comentario seria supérfluo. Pero creemos que será sin duda objeto de sincero gozo y dulce consuelo para todos los bienhechores de la *Propagacion de la fe* saludar con nosotros la aurora de una nueva era de prosperidad y de felices resultados para la Mision de las islas Sandwich, atestiguando las disposiciones equitativas y benévolas del Gobierno del país para con los misioneros católicos.

Las personas generosas que se interesan por los leprosos de Molokai se regocijarán sin duda al saber que

(1) El Rdo. Damian Devenster, que se encontraba solo en la isla Molokai desde la partida del Rdo. P. Andrés para la vecina isla de Maui, tiene al presente por compañero al Rdo. P. Montiton.

«Aunque sólo hace diez dias que me encuentro aquí, nos escribe con fecha de 14 de Setiembre este venerable misionero, estoy ya perfectamente acostumbrado á la especie de prision en que estamos confinados y al aspecto repugnante de los rostros y de los miembros escrofulosos de todos esos cadáveres ambulantes, y tambien á la infeccion de sus rostros y de sus cabañas... Hay actualmente en la leprosería unos 689 enfermos. Creo que en breve se aumentará considerablemente su número, pues el Gobierno, libre ya del embarazo que le ocasionó una cruel epidemia de viruela durante la primera mitad de este año, se dispone á reunir y enviarnos parte á lo menos de los centenares de leprosos que se encuentran fuera de nuestro establecimiento. Traje conmigo un lindo armonium que es la admiracion y las delicias de nuestros pobres enfermos. Ya sabeis sin duda que la leprosería está dividida en dos poblaciones, cada una con su iglesia propia. Seria muy de desear que alguna alma caritativa nos procurase semejante instrumento para la iglesia que todavia carece de él.»

ayudando al misionero con sus oraciones y limosnas le dan el medio de sostener una obra que excita la admiracion aún de los protestantes. De este modo preparan los espíritus á un retorno á la iglesia católica, el cual debemos procurar con las más fervientes oraciones.

CRÓNICA.

Roma.— El Ilmo. Massaja, antiguo vicario apostólico de los Gallas, actualmente retirado en Roma, escribe por disposicion del Padre Santo una historia completa de sus treinta años de apostolado. Esta obra, que formará muchos tomos, será impresa por la Propaganda.

— El célebre viajero italiano, Dr. Matteucci, ya no existe. Un telegrama de Lóndres anunció su muerte al mismo tiempo que su llegada á Europa. Acababa de verificar uno de los viajes más pasmosos de nuestra época, pues habia atravesado todo el continente africano de Nordeste á Sudoeste, es decir desde el Wadai hasta el golfo de Guinea. Hacia muchos meses que no se tenian noticias del intrépido viajero, originándose de aquí serias inquietudes, cuando un telegrama vino á regocijar el corazon de todos sus amigos, anunciando su feliz llegada á Madera, de donde habia partido para Lóndres despues de algunos dias de reposo. Mas apenas hubo desembarcado, acometióle una violenta calentura contra la cual fueron inútiles todos los remedios. Esta muerte prematura del ilustre explorador ha causado un sentimiento tanto mayor cuanto era el afecto que todos le profesaban y la satisfaccion con que habian acogido la noticia de su regreso, de manera que se le disponia una brillante recepcion.

Antes de emprender su viaje el Dr. Matteucci habia pedido la bendicion del Soberano Pontífice, y salió de Roma el 4 de Febrero del año anterior para dirigirse á Nápoles y al Cairo. Llegado á esta ciudad, fué á presentar sus homenajes al Ilmo. Massaja, venerable apóstol del Africa central, y á pedirle instrucciones y consejos. El *Osservatore romano*, uno de cuyos redactores era compatriota y amigo de infancia del Sr. Matteucci, consagra al ilustre y llorado difunto estas sentidas frases:

«Tan inesperada desgracia nos hiere cruelmente. Hacia largos años conocíamos al Dr. D. Pelegrin Matteucci, es decir desde que vino á Roma para cursar Medicina en la Universidad pontificia de la Sapienza. Era esto antes de 1870.

«Hijo de un antiguo magistrado y perteneciente á una familia de las más respetables y acomodadas de Bolonia, el Dr. Matteucci habia nacido y crecido en la práctica de los deberes religiosos. Habia sido nuestro colaborador en la prensa católica durante muchos años, primero en *El Ancora* de Bolonia, y despues en el *Osservatore*. Era un jóven de vastos conocimientos, y todo le prometia en su patria la más brillante carrera.

«Dejóse noblemente seducir por la gloria que rodea las empresas de los más ilustres exploradores, y quiso seguir sus pasos, eligiendo por campo de sus descubrimientos las regiones inexploradas del Africa. No habiendo logrado formar parte de la última expedicion Antinori y de la de Bianchi, dirigióse al Africa la primera vez con el capitán Jessi, el héroe de la Nigrícia, muerto tambien hace poco tiempo, en el momento que se disponia á volver á su patria. Matteucci describió este viaje en un libro lleno de fuego y de poesía, que admiró á todos. Partió por segunda vez á cuenta de la Sociedad comercial milanese; mas apenas hubo llegado á las fronteras del reino de Shoa, se le obligó á retroceder. Finalmente, gracias á la generosidad del príncipe Borghese, volvió al Africa con el jóven príncipe Juan Borghese y el subteniente de marina Massari. En compañía de éste atravesó todo el continente africano, llevando á feliz término un viaje y una empresa que ningun otro viajero habia aún podido acometer.

«El Ilmo. Comboni, el apóstol del Africa central, nos decia de nuestro querido amigo:

«Entre los exploradores que vienen á visitar nuestras Misiones africanas, el Dr. Matteucci es casi el único que tiene la fe y práctica de la religion católica.

«Este es el más bello elogio de nuestro pobre amigo. A la vez que invocamos en favor suyo las oraciones de todos los buenos, enviamos á su desolada familia nuestro más sentido pésame.»

Ceylan.— El *Jaffna Catholic Guardian* del 25 de Junio nos trae una magnífica carta pastoral del Ilmo. C. Bonjean, venerable vicario apos-

tólico de Jaffna, sobre el Jubileo concedido por Leon XIII á los fieles de la Iglesia universal.

Despues de recordar las dolorosas palabras de Su Santidad, enumerando las pruebas por que están pasando el Padre Santo y la Iglesia, el Prelado se dirige á sus venturosos neófitos. «Vosotros teneis, les dice, la dicha de vivir bajo un Gobierno que respeta vuestra libertad religiosa, y bajo la paternal direccion de misioneros celosos: quizá no podreis comprender siquiera la magnitud y extension de los males que arrancan al Supremo Pontifice este grito de angustia... Habeis sido educados como hijos predilectos que ignoran de donde les viene el alimento puesto en su boca para sostener su vida. Sin mover el dedo encontrásteis á vuestra disposicion numerosa legion de apóstoles, legion que la misma muerte no ha podido impedir que aumentara, estando largamente compensado cada fallecimiento de misionero con la llegada de dos y hasta de tres nuevos sacerdotes ardiendo en el mismo celo, y felices de vivir y morir por vosotros. Los pastores de almas son al presente en doble número que veinticinco años há. Se han creado todo género de instituciones para asegurar, por los beneficios de la educacion cristiana, el bienestar de vuestros hijos.

«Pero no sin alguna inquietud dirigimos nuestras miradas al porvenir. ¿Cuál será, dentro de veinte años, el estado de nuestra Mision? Bajo los esfuerzos de la persecucion, desencadenada en Europa, pueden faltarnos repentinamente los recursos y encontrar graves dificultades el reclutamiento de misioneros. La menor interrupcion en la llegada de éstos y de recursos daria á nuestra Mision un golpe del que tardaria años en rehacerse...»

Despues de estas graves consideraciones el Prelado enumera las condiciones requeridas para ganar la indulgencia plenaria, y termina anunciando que la mitad de las limosnas del Jubileo será entregada á la *Obra de la Propagacion de la fe*.

— El *Colombo Catholic Messenger* anuncia la conversion de un sacerdote budista. Este neófito, llamado Scela Vimala, fué bautizado el 24 de Junio último en la iglesia de San Juan de Mutwal.

Dos-Guineas (Africa occidental).— La fotografia reproducida en la pág. 529 representa un grupo de niños negros rodeando á uno de los misioneros del Gabon, y fué sacada por el Rdo. Bourayne, capellan de la fragata *Belona*.

«Estos niños, escribía el P. Delorme, pertenecen á diversas tribus que debemos evangelizar. Han crecido todos bajo las miradas del Ilmo. Bessieux, y por los cuidados de este santo Obispo fueron preparados para la primera Comunión y para la Confirmación.

«Tres de ellos son Pongüés ó Gaboneses; cinco de Libreville, es decir hijos de esclavos capturados en buques negreros y transportados al Gabon para vivir allí libres al amparo de la bandera francesa. Entre los otros hay dos Portugueses venidos de la isla del Príncipe, dos Bengaleses del cabo Esterias, un natural de Grand-Bassam, y otro del Congo. El alumno que está en pié á la izquierda del misionero continuó en Nuestra Señora de Langonnet (Francia) sus estudios de latin comenzados en el Gabon. Enviado despues á San José de Ngazobil, donde cursó filosofia y teología, fué ordenado diácono en 28 de Diciembre de 1875. El Rdo. Armando Bambara, así llamado, presta hoy grandes servicios á los misioneros y trabaja con ellos en la conversion de sus infortunados compatriotas.

«El muchacho sentado delante del misionero, que apoya la mano en su hombro, pertenece á una familia hoy del todo cristiana. Su abuelo era uno de los reyes del cabo Esterias, y para hacerse cristiano consintió en despedir á todas sus mujeres á pesar de los fetichistas, que le amenazaban con hacerle morir por medio de sortilegios. El mismo puso fuego á la choza que contenia sus fetiches, y vino á establecerse con su familia junto á nosotros. El viejo Vané,—así se llamaba ese príncipe,—asistía á Misa todas las mañanas; los domingos se acercaba á la sagrada Mesa, y cada noche rezaba el Rosario, rodeado de su numerosa familia. Ha muerto despues de ver á los hijos de sus hijos hasta la tercera generacion.

«Tres de esos jóvenes alumnos son hoy empleados del Gobierno colonial como escribientes de marina, y prestan grandes servicios á los europeos, atacados á menudo por la fiebre en estos países malsanos. Cuatro son comerciantes, y otro es maestro de escuela en la isla del Príncipe.»

— Nuestro grabado de la pág. 533 representa, segun dibujo del reverendo Fialon, el acto de enterrar en vida á una joven esclava del rey Dionisio, uno de los principales jefes del Gabon, muerto en 1876. Era éste un anciano casi centenário. A los que le preguntaban por su edad les respondia: «Cuando el rey de Francia Luis XVI ocupaba el

trono yo sabia manejar ya el palo de virar, y con mi piragua subia por la corriente del rio.» Es este un género de trabajo en el que se ejercitan desde jóvenes los principes de aquellos países.

Aunque fetichista y bien conocido por su comercio de esclavos, el rey Dionisio nunca se mostró hostil á los misioneros católicos, y áun les confió muchos de sus hijos, hoy cristianos.

Profesaba al Ilmo. Bessieux, vicario apostólico del Gabon, un profundo respeto. Veia en este santo Obispo un amigo del *Grande Esprit* superior á todos los genios temidos de los Pongüés. A veces parecia ceder á los paternales consejos que el Ilmo. Bessieux le daba, sobre todo al explicarle las verdades de nuestra santa Religion y la necesidad de ser regenerado por el Bautismo para salvarse. Pero á la voz de la gracia que le movia á convertirse oponianse con mayor fuerza la voz del respeto humano y sobre todo el obstáculo de la poligamia, pues en aquellos países la abundancia de mujeres es considerado como el honor y la distincion de los reyes; de manera que Dionisio contaba un centenar de ellas.

Dominado por las preocupaciones de su país, que hacen mirar siempre la muerte como efecto de algun sortilegio ó de alguna bebida emponzoñada, y que quiere se apacigüe los manes de los difuntos por medio de inmolaciones de esclavos, consintió al morir una de sus mujeres, á la cual queria mucho, en hacer enterrar viva debajo del féretro una joven esclava de catorce años.

Al acercarse el fin de sus dias el rey Dionisio reconoció públicamente sus errores y pidió perdon á Dios. Reclamó con instancia á un misionero católico, diciendo que queria ser bautizado; y como el misionero tardase en llegar por razon de la distancia, Félix, uno de los hijos de Dionisio, se ofreció á bautizar á su padre. «Para recibir el Bautismo que deseais, le dijo, es necesario creer los misterios de la fe católica.—Ya lo sé, repuso el anciano: así me lo han enseñado los misioneros.—Pero ¿los creéis de todo corazón? ¿Creéis en Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre por nosotros y muerto en cruz para salvarnos?—Sí, creo, creo; quiero ser bautizado.—Durante vuestra vida, continuó Félix, habeis cometido muchos pecados; ¿pedís de todos ellos perdon á Dios?—Sí, pido á Dios que me los perdone... Jesucristo, salvadme... Santa Maria, Madre de Dios, socorredme.—Y si recobráis la salud, ¿prometeis declarar públicamente que un cristiano no debe tener más que una mujer?—Sí, lo prometo.» Entonces el hijo derramó sobre la cabeza de su anciano padre las aguas regeneradoras del Bautismo, engendrando así á la vida cristiana y espiritual de la gracia al que le habia dado la vida perecedera de la tierra.

Algunos instantes despues compareció el fetichista con sus remedios, prometiendo la salud al enfermo. «Retírate, dijo Dionisio-Maria hecho cristiano: no creo en tus remedios. Ha llegado la hora de Dios, añadió, y conozco que voy á morir.» Luego, dirigiéndose á los asistentes, díjoles con voz muy clara: «Esta es la hora de Dios: no atribuyais mi muerte á maleficio alguno, y prohibo tambien que se inmolen esclavos por mí.»

Así preparado, y habiendo hecho conocer sus postreras voluntades, el rey sacó su anillo de oro y lo puso en el dedo de su hijo, Félix Adandé, á quien eligió por su sucesor. Algunos minutos despues entregaba su espíritu á Dios.

— El Ilmo. Le Berre, vicario apostólico de Dos-Guineas, ha recibido de un indígena de Cama esta carta, que reproducimos con su conmovedora sencillez:

«Desde que los misioneros llegaron al Gabon no hemos visto uno solo venir por la parte de Cama para anunciarnos la palabra del Señor y hacernos conocer sus leyes; mas en este día me postro á vuestros piés suplicándoos, si os place, que nos mandeis un misionero para anunciarnos la ley del Señor é iluminarnos acerca su palabra. Vosotros sois los verdaderos representantes de Nuestro Señor Jesucristo.

«Hay dos especies de religion: la católica y la protestante; pero yo quiero los misioneros de la religion católica porque son los verdaderos enviados por el Señor, y deseo mucho estos misioneros, ilustrísimo señor, porque no es bueno que estemos en esta comarca sin contar con una Mision, y es mejor que todos los países oigan la palabra de Dios: estos son los sentimientos de mi corazón.

«Ilustrísimo señor, el portador de esta carta es uno de mis hijos, y si vos accedéis á mis deseos será bueno que le despidais con una carta y álguien que venga á ver el lugar en que conviniere establecer la Mision. Mi morada está cerca del sitio en que el vaporcito *Marabut* (1) acostumbra echar el áncora. Allí está situada mi poblacion.

(1) Vaporcito de la colonia del Gabon al servicio del comandante. De vez en cuando visita todos los rios y lagunas de aquel país.

«Termino, ilustrísimo señor, saludándoos lo mismo que á vuestros misioneros.

«Vuestro amigo,
«CANGA.»

Argelia.—En uno de los valles de Argelia, entre dos cadenas de montañas, unas de las cuales, extendiéndose hácia el mar, forman la pequeña Kabylia de Cherchell, y otras en forma de anfiteatro sostienen las altas mesetas del Tell y del Sahara, percíbese un pueblo en los primeros estribos de colinas inhabitadas. Un río, el Chelif, baña sus piés. Allí existía antiguamente una colonia romana, cristiana sin duda, pues excavando sus ruinas se han encontrado restos de una de sus iglesias. Pero despues pasó por allí la barbarie dejando en aquel valle, poblado entonces como uno de los más ricos de nuestra patria, lo que acostumbra por do quiera: la esterilidad y la muerte. Hace pocos años no se oía allí el menor ruido, y solamente por la noche resonaban los gritos del chacal ó de la hiena.

Hoy el pueblo de que hablamos forma como un oasis en medio de aquel desierto. Las casas separadas unas de otras y formando calles regulares son modestas, pero brillan por su aseó, y entre las blancas paredes levántanse plantaciones de *eucalyptus*. Una iglesia, humilde y blanca como las casas que domina, eleva al cielo como signo de pacífica conquista la cruz, que ha restituido la vida á aquella comarca que yacía durante más de diez siglos bajo el yugo de la muerte. Dicha iglesia está dedicada á san Cipriano, el Primado mártir de Cartago. Delante del pueblo se extiende una vasta huerta dividida en lotes correspondientes al número de familias que lo forman. Detrás hay un parque donde se encierran por la noche los bueyes destinados al trabajo, y las vacas y cabras que proporcionan la leche. En todo el circuito han ido desapareciendo las malezas para hacer sitio á extensos campos de trigo. Por todas partes el espectáculo del trabajo, del movimiento y de la vida.

Si preguntais á un europeo el nombre de este pueblo, os dirá: «Es San Cipriano del Tighsel.» El Tighsel es un torrente que circunda al pueblo. Pero si os dirigís á alguna de las tribus árabes acampadas en la cima de las montañas vecinas, os dirán: «Es el pueblo de los hijos del morabito.» Y este morabito es el Ilmo. Lavigerie, arzobispo de Argel. Los árabes dan este nombre lo mismo á los sacerdotes católicos que á los ministros de sus supersticiones. Los hijos del morabito son los huérfanos recogidos por aquel celosísimo Prelado. Los árabes le miran como el padre de aquellos niños á quienes ha salvado de la muerte, y segun su costumbre dan á las tribus el nombre del que las ha fundado.

En aquel pueblo construido por el Ilmo. Lavigerie comenzaron á establecerse los huérfanos llegados á la edad adulta. El Prelado consideró como el medio más eficaz para mantenerles sus promesas y asegurar su porvenir establecerles de modo que se sustrayeran á los peligros de la vida en las grandes poblaciones lo mismo que al contacto de los árabes no cristianos.

«El pueblo, decía el Ilmo. Lavigerie, es la salvaguardia de nuestros hijos. Allí, reunidos bajo las miradas de los misioneros, sosteniéndose unos á otros, excitándose con el ejemplo al trabajo y á las virtudes de la familia cristiana, están resguardados de los peligros que ofrece por do quiera una colonia que se forma y en donde las pasiones todo lo invaden y malean. Es un oasis en medio del desierto abrasado por tantos fuegos. Allí crecen, no sólo mis hijos, sino mis nietos, pues hace ya mucho tiempo soy *abuelo*, al menos así me llaman. La mayor parte de nuestros jóvenes, antiguos huérfanos adoptados por nosotros, tienen ya numerosa descendencia, pues todo anda aprisa en este país del sol.

«Quisiera me viérais, cuando visito el pueblo de San Cipriano, rodeado de toda la gente menuda que me llama *monseñor abuelo*, que tira de mis vestidos y se me sube sin contemplacion alguna sobre las rodillas para ver si tengo confites que repartirles. Yo les dejo hacer, y pienso en la bondad de Dios, que se ha servido de la caridad para proporcionar la vida á tantas criaturas inocentes destinadas á servir un día á sus designios. Los chicuelos no me dejan ni en la iglesia. Difícil sería persuadir á sus madres que no los llevasen á ella, y no menos difícil acallar sus gritos de alegría, de dolor ó de sorpresa. Los misioneros se incomodan un poco, sobre todo cuando ven que no me dejan hablar. Pero ¿qué son mis palabras al lado de esos gritos de la infancia? Resisto, pues, y no permito que les despidan. ¿Qué órganos reemplazarían con su armonía las primeras impresiones de esas tiernas almas que crecen bajo la mirada divina y que le tributan su primer homenaje inconsciente, como el de las aves que trinan en el contorno y que celebran á su manera la Providencia infinita? Y no

llegan sólo al corazón de Dios esas voces infantiles, sino que también penetran los corazones de sus padres. ¿Qué más propio para hacerles reflexionar, hacerles comprender su responsabilidad, mantenerles y arraigarles en el bien?

«Así es que el día en que vimos nacer los primeros hijos en cada casa, comprendimos que nuestra obra quedaba asegurada; y no nos hemos engañado, bendito sea Dios!»

Atabaska-Mackenzia.—El Ilmo. Enrique Faraud, oblató de María, vicario apostólico de Atabaska-Mackenzia, escribe desde la Misión de Nuestra Señora de las Victorias con fecha 8 de Mayo de 1881:

«Partí de la Misión de la Providencia el 23 de Junio último. Cuando llegué al gran lago de los Esclavos fui detenido por los hielos, lo que hizo que tardara diez días en llegar á la Misión de San José (fuerte Resolución). Despues de pasar en ella cinco días partí para la Natividad, empleando quince días en la navegacion, pues la corriente era rapidísima y el agua muy crecida.

«Allí debía esperar la llegada del Ilmo. Clut, á fin de arreglar todos los asuntos. Le esperábamos todos los días y á cada momento, cuando por último el 14 de Agosto á las diez de la noche oímos á lo lejos una descarga de fusilería, señal de su llegada.

«Cuatro días despues partí para el lago La Biche, no sin algun temor, pues mi ciática, mucho tiempo calmada, parecía irritarse de nuevo. Además tenía que hacer un penoso viaje, que fué más malo de lo que creía. Experimentámos interminables dilaciones, roturas de la canoa, ayunos forzados, lluvias torrenciales, etc., de modo que no pude llegar á Nuestra Señora de las Victorias hasta el 29 de Setiembre. Sin embargo, lo que naturalmente debía agravar considerablemente mi dolencia, no ejerció influencia sensible sobre mi salud, y hasta me encontré algo mejor que á mi partida de Atabaska.

«Desde entonces no me encuentro peor. Cierito que estoy constantemente hinchado y fatigado, pero en fin puedo extender el reino de Dios y ganar almas á Jesucristo. Esto es todo lo que me toca hacer.»

Brasil.—El Rdo. P. Antonino de Reschio, capuchino, desde San Luis de Maranhao escribe el 2 de Mayo de 1881 al *Foglietto de Vincenza*:

«Tras diez meses de ausencia, por fin entré de nuevo en San Luis el 25 de Abril, en perfecto estado de salud. He recorrido cerca de 400 leguas, ora entre bosques interminables, ora en llanuras descubiertas, expuesto á los rayos de un sol abrasador ó á lluvias torrenciales, cruzando los ríos á caballo, durmiendo al aire libre, reducido á veces á beber agua lodosa y á comer un poco de carne seca. Por todo camino encontraba estrechos senderos, á menudo interceptados por árboles caídos. La monotonía del viaje era interrumpida por los magníficos cuadros de la naturaleza. En los bosques brasileños el canto de las aves ofrece curiosas singularidades: el *gias* imita la voz humana; el *herrero* el ruido del martillo sobre el yunque; los *ce-ceo* reproducen los gritos de todos los demás animales y agrupan los nidos, en forma de saco, por centenares sobre el mismo árbol: el gorjeo y el vuelo de tantos pequeños seres ofrecen un espectáculo encantador: parecen ciudades de pájaros.

«Cada Misión duraba próximamente quince días. A las cuatro de la mañana hacia cantar el Oficio de la santísima Virgen, que muchos lo saben en portugués, y luego celebraba la misa. Terminadas las instrucciones y el catecismo oía las confesiones hasta el medio día. A las tres recibía á los que deseaban contraer matrimonio, extendía las proclamas y daba las dispensas, pues los casamientos tienen lugar por lo comun entre parientes. A las cinco y media canto del Rosario, nueva instruccion y despues confesiones hasta media noche. Cada vez que salía veíame rodeado de multitud de indios pidiendo consejos y remedios ú ofreciéndome frutas.

«Nada más poético que nuestras Misiones en los bosques, lejos de las poblaciones. Hacia derribar los árboles en una vasta extension, y luego construía un cobertizo capaz para tres mil personas, cubriéndolo con hojas de palmera. A un lado levantaban mi cabaña y despues cada cual arreglaba la suya. En una semana improvisábase de esta suerte una ciudad de muchos miles de almas, á la cual dirigía con el concurso de varios celosos individuos. El silencio no era interrumpido sino por el canto de los himnos. La predicacion concluía siempre entre lágrimas y sollozos; pecadores escandalosos pedían públicamente perdon. Es imposible describir la emoció de la última plática, despues de la cual bendecía y despedía al pueblo. Apenas había empezado una frase, estallaban los gemidos y me cortaban la palabra. ¿Qué rumor especialmente cuando todos respondían *Amen* á mis augurios de prosperidad!

«Desde el día siguiente todos venían llorando y teniendo en las manos su cruz de Mision, á implorar mi bendición y despedirse. Los que habían concluido sus viveres empezaban á partir, y al cabo de una semana nadie quedaba en aquel lugar.

«Los ejercicios espirituales en los pueblos no me dieron tantos motivos de consuelo. En efecto, la mayoría de sus habitantes carecen de sentido moral, y los malos impiden que los buenos practiquen la religión ridiculizándolos y maltratándolos: ni aún el misionero puede sustraerse á sus persecuciones.

«El resultado de estos diez últimos meses de excursiones apostólicas es el siguiente: 9 grandes Misiones, 4,000 comuniones, 638 bautismos, 309 matrimonios, 24 extremaunciones, bendición de 7 cementerios, creación de 11 cruces gigantescas, midiendo de ocho á diez metros de altura.

«Algunas diputaciones venidas de lejos me han pedido repetidas veces que vaya á predicar Misiones en su país, pero la falta de tiempo no me ha permitido acceder á sus deseos.»

MARRUECOS.

PARTE SEGUNDA.

LAS DINASTÍAS MARROQUÍES.

VI.

Yacub el-Mansur.—Alfonso VIII de Castilla.—Su carta al emir.—Yacub pasa el Estrecho.—Batalla de Alarcos.—Muerte de Yacub.—Le sucede su hijo Abi Abd-Allah.—Sancho de Navarra en Africa.—Preparativos de Alfonso VIII.—Abi Abd-Allah pasa á España.—Batalla de las Navas de Tolosa.—Vuelve Abi á Marruecos.—Últimos días de su reinado.—Sucédele El-mustansir.—Su breve reinado y trágica muerte.

Durante el reinado de Abu Yusef hacia de califa su hijo Yacub, nacido en la ciudad de Marruecos el año 1160: fué aclamado emir el mismo año que murió su padre, y tuvo por sobrenombre *El-Mansur bi Fadhl Allah* (el victorioso por la gracia de Dios), y en nuestras historias es conocido comunmente con el nombre de *Almanzor*. Era hijo de una esclava que habían regalado á su padre. Al decir de los historiadores árabes fué Yacub príncipe muy ilustrado, valiente, caritativo, sensato, inteligente y religioso, y fué también el primero de los soberanos almohades que con su propia mano escribió al comienzo de sus cartas la frase *El-bhamdu lillah* (¡alabanza á Dios! ¡gracias á Dios!) frase sacramental para los mahometanos magrebinos, que conservan esta costumbre con la mayor escrupulosidad. El reinado de este príncipe comenzó en 1184, bien que su reconocimiento por todas las kabilas tuvo lugar algunos meses después, pues supo ocultar la muerte de su padre, creyéndolo así necesario para la tranquilidad de su gobierno. Principió su reinado con universal aplauso de todos sus súbditos, y por toda la extensión de sus Estados reinaban la paz y la tranquilidad; pero á los dos años de su gobierno levantaron armas contra él dos de sus muchos hermanos y uno de sus tios, á los que hizo perecer después, quitándoles las pretensiones con la vida. Más adelante salió á campaña para someter á muchas kabilas de la Ifrikya, que no querían reconocer su autoridad: sometiólas á todas, dando en diferentes batallas evidentes pruebas de sus excelentes cualidades de guerrero. A poco de haber principiado á construir un magnífico acueducto para surtir de abundantes aguas á la ciudad de Marruecos, en 1189, pasó á España con ánimo de vengar la afrenta y muerte de su padre, y se dirigió por Santarém y Lisboa, causando mucho daño á los cristianos y volviéndose al Magreb

con tres mil mujeres y niños cautivos. En Africa permaneció unos seis años ocupado en perseguir á varios revoltosos que mal avenidos con su autoridad trataban de rebelarse.

Entre tanto el intrépido Alfonso VIII de Castilla paseaba triunfante sus armas por toda la Andalucía hasta llegar á las mismas playas de Algeciras, y desde allí escribió una carta al emir el-Mansur, la cual, según Rudh el-Kartas, página 309, decía así: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el rey de los cristianos al rey de los musulmes. Si es que estás en la intención de batiarte conmigo y te es difícil venir aquí con tu ejército, envíame buques y yo mismo iré con mis tropas á darte una batalla en tu misma tierra. Si tú me vencieres yo seré tu cautivo, tendrás grandes despojos y serás el rey de la religión; mas si la fortuna está por mí y quedo vencedor, entonces yo seré el rey de las dos religiones. Salud.» No hay para qué decir el efecto que la lectura de esta carta causó en el ánimo del valiente Yacub: su contenido no pudo menos de enfurecerle, y al instante reunió todas las tropas de las kabilas almohades, árabes, zenetas y mesmudas, á las cuales leyó la carta, que fué maldecida por todas á porfía, y juraron vengarse de la injuria que en ella se hacía al *pueblo de los creyentes*. El emir ordenó á su hijo Mohamed que escribiera al respaldo de la carta de Alfonso estas palabras tomadas del Koran: «Ha dicho el Dios todopoderoso: Revolveré contra ellos; iremos á atacarles con un ejército, al que no podrán resistir. Los arrojarémos de su país envilecidos y humillados.» Palabras fatídicas que desgraciadamente tuvieron cumplimiento poco después en Alarcos.

El-Mansur envió después un correo con la contestación, mandó preparar los estandartes y el pabellon rojo, escribió á todas sus provincias para que se prepararan para la guerra santa, y dispuso que todos los que pudieran ir á defender las doctrinas del iman se le fueran á reunir en la ciudad de Marruecos, de donde salió en efecto á marchas forzadas en 1195. Embarcóse en Alcázar Seguer con un ejército que los historiadores árabes comparan por su multitud á la arena del mar y á una nube de langosta. Con este ejército cruzó velozmente la Andalucía, reuniéndosele á su tránsito otros muchos soldados; y encontrándose en Alarcos con las armas castellanas, se dió aquella tan fatal batalla para los cristianos el 19 de Julio de dicho año, que corresponde al 9 de xaaban de 591 de la Era mahometana. No nos detendremos en referir los pormenores de este sangriento combate, pues además de hallarse descrito minuciosamente en nuestras historias, nos apartaríamos algún tanto de nuestro objeto. Bástenos saber que en él pereció la mayor parte de los caballeros de las Ordenes militares, y entre todos más de 20,000 cristianos. ¡Bien pagaron éstos la arrogancia de su rey Alfonso, que más atrevido que prudente y previsor retó á un emir como Yacub, á quien la historia había de apellidar *el Victorioso*.

El-Mansur anunció á todos sus pueblos esta victoria diciendo, y así era, que había sido la mayor de cuantas habían obtenido los almohades. Cargado de despojos volvió á Sevilla, y entonces fué cuando mandó echar los cimientos de su magnífico minarete, hoy llamado *la Giralda*. Continuó Yacub hostilizando á los cristianos y tomándoles varias plazas hasta su vuelta á Marruecos, en

1197, y poco despues designó por sucesor á su hijo Abi Abd-Allah, é hizo que todos sus Estados lo reconocieran por su califa y sucesor. Algun tiempo despues dejó á su hijo el gobierno del Imperio y se retiró á su palacio con ánimo de descansar de sus fatigas; pero á poco cayó enfermo y murió al siguiente año. Su cuerpo fué trasladado y enterrado en Tinmal al lado de sus progenitores. Este emperador fué el más ilustre de todos los almohades, y el mejor y más magnánimo de cuantos le habian precedido. Su gobierno fué excelente: miró siempre por el bien de su pueblo, y además de las obras que ya hemos dicho, fundó la ciudad de Rabat, la embelleció lo mismo que á la ciudad de Marruecos, é hizo otras muchas obras de pública utilidad, como hospitales, colegios, baños, etc., no gastando en todo esto sino la quinta parte del botin que recogió en sus victorias.

Abi Abd-Allah, por sobrenombre en-Naser, fué aclamado *Amir el-Mumenin* algunas horas despues de la muerte de su padre. A los pocos dias de su proclamacion vióse obligado á salir á campaña contra la tribu de Gumara, que se habia insurreccionado, y despues de haberla vencido se volvió á Fez, donde hizo reconstruir el *kasbah* y las murallas que su antecesor Abd el-Mumen habia destruido al conquistarla á los almoravides. En 1202 y siguientes hasta 1205 conquistó la isla de Mallorca, que aún poseian los almoravides; sometió á varias kabilas de Ifrikyá que se habian sublevado, y despues de pacificarlas confió el gobierno de ellas á Abu Mohamed. A su vuelta á Marruecos salióle al encuentro Yahya el-Mayorki, destronado del reino de Mallorca por el mismo Abi Abd-Allah, con un ejército considerable de árabes, sinhachas y zenetas que habia podido reunir en el Sahara; pero fué derrotado completamente en una batalla empenó con el emir en 1207.

En algunas de estas batallas acompañóle D. Sancho de Navarra, quien en 1199 habia venido al Africa, probablemente á pedir auxilio al emir contra los reyes de Castilla y Aragon, con quienes se hallaba en guerra. Dejando aparte los motivos que varios historiadores han atribuido á la venida de este príncipe cristiano á Marruecos, es lo cierto que volvió á España sin el auxilio que esperaba, no habiendo dejado en el Imperio más recuerdo que el de sus proezas y valor, que le valieron el sobrenombre de *el Fuerte*.

Volviendo al emir en-Naser, diremos que en 1207 dió orden para reedificar la ciudad de Uxda, construir la fortaleza de Bades (Peñon de Velez), uno de los acueductos de Fez y las murallas de el-Mezemma, junto á Alhucemas, empleando en estas obras sumas considerables del imperial tesoro.

Alfonso VIII de Castilla, que no podia olvidar el desastre de Alarcos, ardia en vivos deseos de vengar su derrota. Apenas concluyó la tregua que se habia visto obligado á aceptar de Yacub el-Mansur, principió á hacer correrías por tierra de moros, causándoles graves perjuicios en sus haciendas é intereses, y preparándose al mismo tiempo para alistar un fuerte ejército con el fin de destruir, si le fuese posible, el poder de la media luna allende el Estrecho. Tranquilo seguia en-Naser en su

Corte, cuando en 1209 le llegaron estas noticias tan poco agradables que excitaron extremadamente su cólera; pero sin desanimarse hizo proclamar la guerra santa en todos sus Estados, haciendo ver á sus súbditos la grave obligacion que tenian de empuñar las armas para defender su religion y su patria. No necesitaban tanto los fanáticos hijos del Koran; así fué que todas las kabilas respondieron á este llamamiento.

Luego que en-Naser reunió sus huestes pasó el Estrecho, y en Tarifa, donde desembarcó, recibió á muchos jefes andaluces que habian ido á saludarle y á ponerse bajo sus órdenes. Tres dias permaneció en-Naser en Tarifa, y despues partió para Sevilla con sus tropas, que se aumentaban continuamente con los muchos musulmanes de

España que se les unian. Por esto los historiadores árabes dicen que este ejército cubria los llanos y las alturas como una nube de langosta: era tal su número que el mismo emir se maravilló al ver la multitud de sus tropas, que algunos hacen subir á 600,000 combatientes. Se componian de cinco divisiones: la primera de beréberes; la segunda de soldados del Magreb; la tercera de voluntarios de diferentes países; la cuarta se componia exclusivamente de almohades, y por fin la quinta de árabes de España. En 1211 salió el emir de Sevilla con parte de sus tropas y fué á atacar algunas fortalezas de la frontera; y entrando por tierra de cristianos llegó á Calatrava y atacó al castillo de Somosierra, que tomó despues de tres meses de continuos combates.



TIERRA SANTA. — Puerta Dorada, en Jerusalem. (Pág. 546).

Entre tanto el Rey castellano continuaba sus preparativos; y pidiendo auxilio á los príncipes cristianos y al sumo pontífice Inocencio III, que con este objeto hizo publicar una Cruzada, llegó á reunir un gran ejército en Toledo, donde estableció el cuartel general. Allí se juntaron todos los reyes de España, menos el de León; y si bien es cierto que la mayor parte de los cruzados se volvieron á sus respectivos países, aún quedó un buen cuerpo de tropas, con el cual se puso Alfonso en campaña, encontrándose con el enemigo al pie de Sierra-Morena, en un lugar llamado *Navas de Tolosa*, donde se dió la célebre batalla el 16 de Julio de 1212, que corresponde al 14 de *sefar* del año 609 de la Egira. En esta batalla, que los historiadores moros denominan de *Hisn el-Ukab* (Castillo del Aguila), y en nuestras crónicas es conocida con el nombre del pueblo donde tuvo lugar, perecieron infinidad de musulmanes, con muy pocas bajas por parte de los cristianos, que fueron protegidos de un modo especial por la divina Providencia, oyendo el cielo las súplicas del Romano Pontífice, del pueblo de Roma y del catolicismo entero, que humildemente rogaban por el triunfo de las armas castellanas. El estandarte del emir *en-Naser* fué llevado á Roma y colocado en la iglesia de San Pedro como glorioso trofeo. Además, la Iglesia de España, para conmemorar tan fausto suceso, consagró el 16 de Julio con la fiesta del *Triunfo de la santa Cruz*.

Después de esta batalla volvió *en-Naser* á Sevilla, donde hizo decapitar á algunos de sus generales, desahogando así su mal humor, y á los pocos días se trasladó á Marruecos poseído de gran melancolía. Allí designó por sucesor á su hijo Sid Abu Yacub Yusef, por sobrenombre *el-Mustansir*, y en vez de dedicarse exclusivamente á reparar los inmensos daños y pérdidas sufridas en la batalla de las Navas, se encerró en su palacio y allí se entregó á la voluptuosidad y á los placeres hasta el año siguiente, en que algunos de sus ministros, á quienes deseaba sacrificar, le quitaron alevosamente la vida, propinándole una copa de vino emponzoñado por medio de una de sus mujeres.

Desde la batalla de las Navas el poder musulmán en Andalucía fué decayendo continuamente, y los reyes del Magreb poca ó ninguna autoridad tenían en España, pues con dificultad eran reconocidos por los muchos reyezuelos moros de la Península, los cuales querían gobernar por sí solos con independencia del *Amir el-Mumenim*.

A la muerte de Abi Abd-Allah *en-Naser* fué aclamado soberano del Magreb su hijo *el-Mustansir*, joven inexperto que nada notable hizo en su reinado, antes por el contrario perdió muchas plazas en España. Durante su menor edad el Imperio estuvo gobernado por sus tíos y por los jefes de Andalucía. Cuando llegó á la mayor edad y pudo gobernar por sí mismo se entregó en manos de extranjeros indignos de su confianza, sin respetar á sus tíos, que al fin le habían conservado el trono. Según sus historiadores, era *el-Mustansir* muy apasionado por las corridas de toros, hasta el punto de mandarlos traer de España, por ser más bravos. Una tarde que como de costumbre había salido á verlos, le embistió una furiosa vaca hiriéndole gravemente, y le causó la muerte á las pocas horas en 1224, á los 21 años de su edad. No dejó hijo alguno, y nunca había salido de la ciudad de Marruecos, donde llevó siempre una vida afeminada.

TIERRA SANTA.

XVIII.

LA PUERTA DORADA EN JERUSALEN.

Varias puertas dan acceso á la esplanada de la mezquita de Omar, que ha reemplazado al antiguo templo de Salomón. En el muro oriental del lado del torrente de Cedron sólo hay una, á 390 metros del ángulo Sudeste de la esplanada y á 68 del Nordeste. El umbral de ella se encuentra á 72 metros sobre el fondo del valle, frente del sepulcro llamado de Santiago. Esta puerta sobresale 1 metro 90 centímetros del alineamiento de la esplanada.

Antes de hacer su descripción diremos de dónde le viene el nombre de puerta Dorada que le dan los cristianos y los motivos en que se apoya su veneración.

I. —Cada una de las dos entradas de la puerta ha recibido de los musulmanes un nombre árabe: la una se llama *Bab-el-tubet* (puerta de la penitencia), y la otra *Bab-er-rahamet* (puerta de la misericordia). Los cristianos las confunden bajo el nombre de puerta Dorada.

El autor anónimo de *La citez de Jhérusalem*, en 1187, la designa con el nombre de puerta Oire. «La puerta de David estaba, dice, hacia Poniente y frente las puertas Oires.»

Los diversos manuscritos de Bernardo el Tesorero, continuador de Guillermo de Tiro, de las peregrinaciones á Tierra Santa, etc., traen el mismo nombre con ligeras variantes: puertas Obres, Oreas, Ores. El nombre de puertas Aureas es el que más se asemeja á la palabra latina *porta Aurea*, empleada por todos los historiadores de las Cruzadas, todos los cronistas y todos los peregrinos de los siglos XII y XIII que escribieron en latín. El peregrino inglés *Sæwulf* parece ser el primero que en su itinerario latino se sirvió de esta denominación en 1102.

El P. Quaresmio asegura que san Jerónimo da el nombre de puerta Dorada á la oriental del Templo y de la ciudad por la que se va de aquel al monte Olivete.

Fuó llamada puerta Dorada porque, según algunos autores, la adornaron en otro tiempo cinceladuras doradas; según otros porque estaba cerrada por la parte interior con cuatro hojas probablemente doradas. El Sr. de Vogüé atribuye á esta palabra diverso origen. Los Hechos de los Apóstoles (III, 2-10) refieren que san Pedro curó á un cojo de nacimiento con el solo nombre del Salvador Jesús cerca de la puerta del templo llamada Especiosa ó bella, en latín *porta Speciosa* y en griego *Oraia pule*. El docto arqueólogo supone que los cristianos indígenas desde el siglo IV aplicaron dicho nombre á la puerta oriental en memoria de la curación del cojo. Como pronunciaban *Aurea pyli*, los peregrinos latinos, muy numerosos desde el siglo IV al VII, oyéndola nombrar así con frecuencia (pues entonces el griego era la lengua oficial y litúrgica en Jerusalén), adoptaron el contrasentido, de donde proviene el nombre de puerta Dorada.

Para hacer admitir esta explicación debería probarse que los cristianos indígenas perdieron muy pronto el conocimiento de la puerta cerca de la cual tuvo lugar la mencionada curación. El mismo Sr. de Vogüé reconoce que los cruzados colocaban la puerta Especiosa en el frente occidental de la esplanada del templo de Salomón. Todas las crónicas de aquella época lo atestiguan: ¿có-

mo, pues, los primeros cristianos indígenas hubieran perdido los vestigios de ella? Además, el texto de los Hechos de los Apóstoles prueba que dicha puerta debía estar en el interior de la ciudad, esto es, al Occidente del Templo. Se dice en ellos que los Discípulos después de la Ascension volvieron á la ciudad y entraron en el Cenáculo; y de él salían Pedro y Juan el día en que el cojo de nacimiento les pidió limosna. No cabe duda que sus padres elegirían la puerta Especiosa como la más frecuentada, á fin de que recibiese más abundantes limosnas. La puerta oriental, que llamamos Dorada, sólo servía para los habitantes del campo poco distantes de los desiertos del mar Muerto. La puerta del milagro no es la oriental; no pudo ser olvidada por los cristianos indígenas hasta el punto de confundirla con la Dorada.

II. — Los cristianos indígenas y los peregrinos del Occidente siempre han venerado de una manera particular la puerta Dorada, porque Nuestro Señor pasó á menudo por ella cuando venía de Betania, del monte Olivete ó de Getsemani, especialmente el día de su entrada triunfal, cinco antes de su Pasión. Precisamente porque esta puerta daba al Templo pasaba por ella Jesucristo cuando se dirigía á la ciudad.

Juan de Witzburgo (1150) y *La citez de Jherusalem* (1187) dicen que, por respeto á la mística y divina entrada de Nuestro Señor, cerraron esta puerta por dentro y la tapiaron por la parte exterior, abriéndola tan sólo el domingo de Ramos para dar paso á la procesion que venía de Betania y á la multitud de peregrinos y habitantes. El Patriarca hacia un sermón al pié del monte Olivete, y concluido el oficio, de nuevo se cerraba y tapiaba la puerta para no volver á abrirla hasta el 14 de Setiembre, fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz.

El P. Quaresmio dice que esta segunda apertura hacíase en memoria de la traslacion de la verdadera cruz, que el emperador Heraclio, vencedor de los persas, volvió á Jerusalem. Al parecer cree que el Emperador entró por la puerta Dorada con esta insigne reliquia, y en apoyo de su aserto invoca el Breviario romano. Pero la leccion de éste no habla sino de la puerta que conducía al Calvario, la cual no es ciertamente la Dorada, pues está de él muy distante, y se encuentra en la extremidad opuesta.

La puerta Dorada está hoy tapiada por el exterior y nunca se abre. El P. Bonifacio de Ragusa, guardian del monte Sion desde 1552 hasta 1560, interrogó á algunos sabios musulmanes acerca del cerramiento de dicha puerta, y le respondieron que estaba reservado á un gran rey el abrirla.

III. — El grabado de la pág. 545 representa la fachada occidental de la puerta Dorada, la que mira á la mezquita de Omar. El umbral está á 6 metros debajo de la esplanada, y ésta á su vez 7 metros hácia abajo del atrio superior de la mezquita: esta diferencia de 13 metros hace presumir que la puerta oriental estaba antiguamente unida al templo de Salomon por escalones que no existen al presente, por cuyo motivo forma extraordinario declive. La puerta por así decirlo es doble, atendido que las dos fachadas están separadas por un vestíbulo intermedio de 20 metros de largo por 6 ó 7 de ancho. Las dos entradas están tapiadas como las de la fachada oriental; sólo que aquí una pequeña puerta oji-

val, que tiene tapiada su compañera, da paso al exterior. Los arcos de esta fachada son abocinados, mientras que forman la curva del círculo entero en la fachada oriental. Los piés derechos, más anchos que en la fachada opuesta, son pilares primorosamente trabajados, y adornan los capiteles, bastante cortos, dos hileras de hojas de acanto. Una columna sostenía en otro tiempo en el centro el declive de los dos arcos abocinados, pero ha sido destruida ú ocultada en la pared de rellamamiento.

En el interior cubren el vestíbulo seis cúpulas apareadas en penchinas esféricas, cuyos grandes arcos, muy abocinados, se apoyan por una parte en los muros laterales y por la otra en dos columnas centrales monolíticas.

¿A qué época se remonta esta puerta? ¿Es obra de Salomon, de Herodes ó de Justiniano? Dos sabios arqueólogos, el Sr. de Vogüé y el Sr. de Saulcy, no están de acuerdo sobre este punto. El primero no ve en ella sino una obra bizantina del siglo V ó VI, y el segundo sostiene que una parte pertenece á Salomon y el resto á Herodes, pero ninguna á Justiniano.

Sea lo que fuere, es indudable la existencia *ab antiquo* de la puerta Dorada y el frecuente paso de Nuestro Señor por la misma, especialmente el día de su triunfal entrada en Jerusalem. Estos recuerdos explican y justifican suficientemente la veneracion de los cristianos.

MOSAICO CHINO.

IX.

LA GRAN MURALLA.

La gran muralla de la China ha excitado admiraciones y críticas apasionadas; pero á pesar de los juicios contradictorios de los viajeros, el carácter grandioso y gigantesco de esta obra está universalmente reconocido.

«La gran muralla, dice el Rdo. Perny, comienza á la extremidad Noroeste del Imperio, cerca de la ciudad de Sot-chen, y se extiende hasta el golfo de Leao-tong ó de Po-hay, formando una línea de seiscientas leguas. Tiene diez piés de espesor, y al principio la defendían numerosas fortalezas; pero hoy la célebre muralla está en la mayor ruina en multitud de sitios. Es obra del célebre emperador Tsin-che-huang-ty, que la terminó el año 244 antes de Jesucristo. Su altura era de veinte á veinte y cinco piés, y podían marchar de frente por ella cinco ó seis ginetes.»

El P. Attiret, de la Compañía de Jesús, pintor distinguido y muy apreciado por el emperador Kien-long, atravesó la gran muralla, dirigiéndose en 1754 á la Tartaria.

«El nombre de gran muralla, escribía, es demasiado pobre para una cosa tan buena. Estoy asombrado de que tantos europeos como la han visto nos hayan dejado ignorar la inmensidad de esta obra, que es sin duda una de las mejores que existen en el mundo, atendida la época en que fué construida y la nacion que la imaginó y la llevó á cabo. Estoy resuelto á sacar un diseño á mi regreso.»

El Rdo. Huc, misionero de la China, hace el bosquejo siguiente:

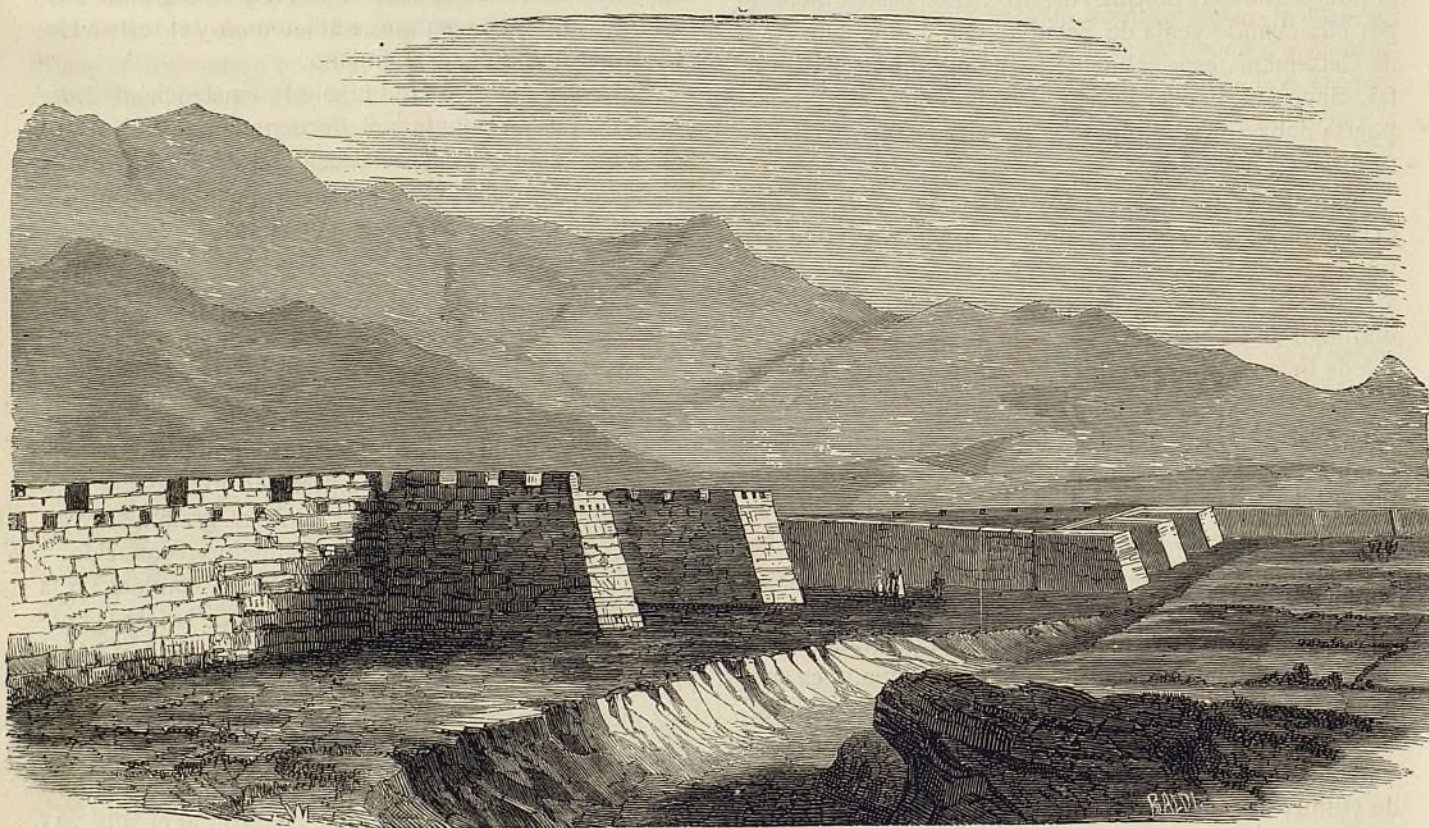
«El camino de Ili nos condujo á la gran muralla. Esta obra de la nacion china, de la cual se ha hablado tanto sin conocerla suficientemente, merece que la dediquemos

algunas palabras. Sabemos que la idea de levantar murallas para defenderse de las incursiones de los enemigos no ha sido particular de la China, pues la antigüedad nos ofrece muchos ejemplos de semejantes trabajos. Además de lo que en este género vemos en los sirios, los egipcios y los medos, construyóse en Europa por orden del emperador Séptimo Severo una muralla al Norte de la Gran-Bretaña.

«Sin embargo, ninguna de aquellas murallas puede compararse con la que levantó Tsin-che-huang-ty, llamada por los chinos Wan-li-tchang-tching (el gran muro de diez lys). Empleóse un número prodigioso de obreros, y los trabajos de esta gigantesca empresa duraron diez años. La gran muralla se extiende desde el punto más occidental del Kan-su hasta el mar oriental, y la importancia de este inmenso trabajo ha sido juzgada en diferentes sentidos por los que han escrito sobre la China:

unos lo han ensalzado sin medida, y otros se han esforzado en hacerlo caer en el ridículo, siendo de creer que esta divergencia de opiniones procede del juicio que cada cual ha querido formar del conjunto de la obra por la muestra que tenía ante sus ojos.

«Mr. Barrow, que pasó á China en 1793 con lord Macartney en calidad de historiador de la embajada, hizo el cálculo siguiente: suponiendo que entre Inglaterra y Escocia había un millon ochocientas mil casas, y estimando la albañilería de cada una en diez mil piés cúbicos, aseguraba que no contenían tantos materiales como la gran muralla china, los cuales bastarían, según él, para construir un muro capaz de dar dos veces la vuelta al mundo. Evidentemente Mr. Barrow tomó por base de su cálculo la gran muralla tal como la pudo ver al Norte de Pekin; pero no se debe creer que esta barrera, levantada contra las irrupciones de los tártaros, tuviese en



La gran muralla de la China.

toda su extension la misma anchura, altura y solidez. Nosotros hemos tenido ocasion de atravesarla por más de quince puntos diferentes, y muchas veces hemos viajado durante jornadas enteras siguiendo su direccion sin perderla de vista; y en lugar de esas récias murallas almenadas de las cercanías de Pekin, hemos encontrado con frecuencia una sencilla obra de fábrica y algunas veces un modesto muro de tapia, llegando en puntos donde la famosa muralla se reduce á su más simple expresion, componiéndose únicamente de algunos guijarros amontonados. Por lo que toca á la obra que pudiera servir de base á los cálculos de Mr. Barrow, que consistiría en grandes piedras de sillería cimentadas con argamasa, debemos declarar que no hemos encontrado tales vestigios en ninguna parte. Por lo demás, es fácil concebir que Tsin-che-huang-ty debió naturalmente fijarse en fortificar de una manera especial los alrededores de la capi-

tal del Imperio, sobre cuyo punto se habían de abalanzar en todo caso las hordas tártaras. Podría aún suponerse que los mandarines encargados de hacer ejecutar el plan de Tsin-che-huang-ty debieron dirigir concienzudamente los trabajos que se hacían á la vista del Emperador, y contentarse con levantar un simulacro de muralla en los puntos más lejanos, que por otra parte tenían poco que temer de los tártaros, como por ejemplo las fronteras del Ortus y de los montes Alechan (1).»

En 1834 el Ilmo. Brugnère, vicario apostólico de Corea, hizo un gran viaje por toda la China, y refiere del modo siguiente sus impresiones en vista de la gran muralla:

«No tiene de notable más que su extension, que excede de quinientas leguas; forma muchas sinuosidades, y su principal direccion es del Este al Oeste; pero al

(1) *Recuerdos de un viaje en la Tartaria y el Tibet*, t. II, p. 27-29.

Norte del Chan-si tuerce un poco al Oeste-sudoeste. Esta muralla, cubierta en otro tiempo de ladrillos que han caído, traza el límite de tres á cuatro provincias, cada una de las cuales formaría en Europa un reino considerable. En los llanos y desfiladeros tiene la forma de un baluarte almenado de cinco á seis toesas de altura, menos en los montes, que dudo tenga diez piés de altura. El famoso muro queda reducido allí á un otero flanqueado á cortas distancias por algunos cerrillos que parecen reductos; pero sin guardia alguna. De trecho en trecho se encuentran puertas para facilitar el paso á los viajeros y para el cobro de derechos, y cerca del mar hay establecidos dos apostaderos difíciles de salvar. El reverendo Maubant ha atravesado esta muralla por otra puerta, y José (jóven alumno chino) por otras dos, y sus relaciones están contestes con la mia. Esta muralla es la separación física de la China y la Tartaria; las vertientes de las montañas que caen al Sud pertenecen á la China, y las del Norte á la Tartaria. Yo pasé por la puerta llamada Chan-tchakon, que es por la que pasan los rusos cuando van á Pekin. Nadie fijó en mí la atención: los empleados volvieron la espalda, quizás para alentarme y no inspirar recelos á los que vinieran detrás. Si la vigilancia se ejerciese con más rigor, se podría atravesar la muralla por las montañas ó por las brechas que ha abierto el tiempo.

«El emperador Che-huang, de la dinastía Tsing, fué quien hizo construir esta gran muralla para defender sus Estados de las irrupciones de los tártaros, contribuyendo todas las provincias con cierto número de obreros y peones. Era preciso que el tal Emperador tuviese muy mala idea de sus enemigos para creer que bastaría á contenerlos un muro que por su inmensa extensión no podía ser defendido en todos sus puntos, lo cual le hacía inútil. Los tártaros han cruzado, por lo mismo, este baluarte cuantas veces han querido, concluyendo por hacerse dueños de la China, de modo que su conquista ha hecho retroceder bastante más allá de esta barrera los límites de este vasto imperio (1).»

Las líneas siguientes, llenas de originalidad y de fantasía, son debidas á la pluma de un jóven viajero muy conocido, el conde de Beauvoir:

«Apenas salidos de Nang-hao, nos encontramos á la

entrada del paso, y desde entonces fué sucesivamente desenvolviéndose ante nuestros ojos la grandeza del espectáculo, en el transcurso de las seis leguas que nos separaban de la muralla del collado, cuya garganta salvaje y sombría, abierta casi á pico en la montaña, apenas deja paso al torrente que es nuestro único camino.

«Mas toda la profundidad peñascosa de este largo valle, todos los planos de las escarpadas vertientes que lo cierran, aparecen poco á poco en soberbio panorama, en el cual se ve, en efecto, el primer estribo de la gran muralla; cordon de muros de elevadas almenas y de torrecillas valientemente asentadas sobre la cadena principal, que sigue hasta perderse de vista todos los picos, las líneas onduladas ó rectas y los promontorios sinuosos ó agudos de esa cresta granítica y fatigosa.

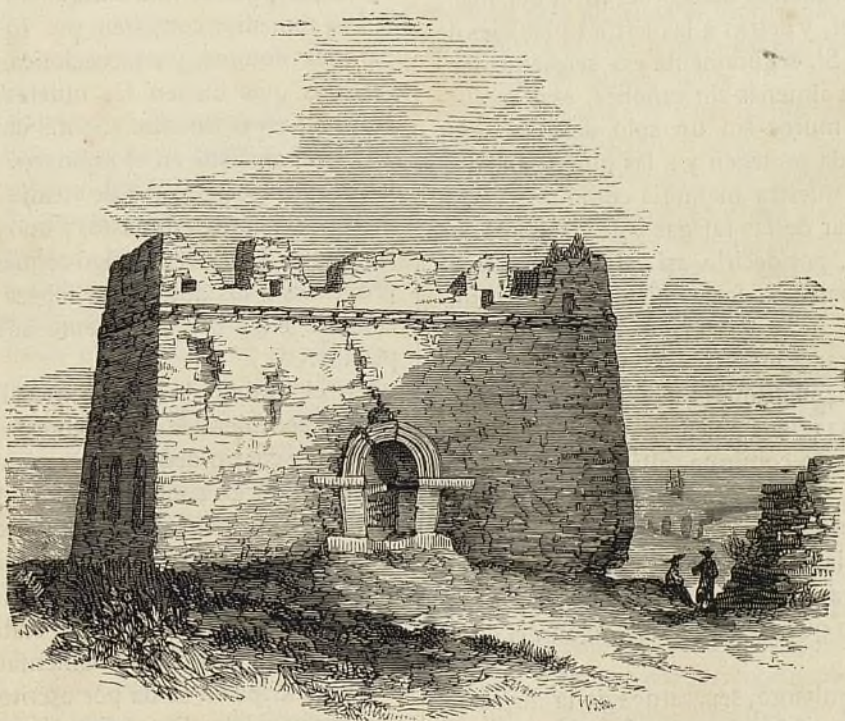
«Nada tan curioso, nada tan sorprendente como ese muro, serpiente colosal de piedra que no repara en es-

calar rocas que parecen inaccesibles y que sin él lo serían, y á las cuales estoy convencido de que fuera tan difícil trepar para defenderle como para atacarle. Este primer estribo es por sí solo una obra gigantesca y muy digna, bajo el punto de vista práctico, de la jactancia china. Desde este primer paso, ya me hacia cargo de lo que podía muy bien ser la gran muralla en sí misma, cuando pronto los rayos del sol vinieron á iluminar á lo

lèjos, á medida

que avanzábamos por el sombrío valle, las líneas almenadas de otras dos murallas paralelas, igualmente situadas sobre la cresta extrema y dibujándose en forma de silueta en el fondo del cuadro.

«Me acuerdo de una garganta donde dimos un brusco rodeo, cuyo aspecto era verdaderamente admirable. No caminábamos ya sobre las piedras del torrente, sino más bien sobre un banco de caprichoso hielo; y como este comenzaba á fundirse, veíamos por entre las grietas correr el agua del torrente por debajo de nosotros. Dos kioscos de color de escarlata situados como dos nidos de águila en la cima de dos rocas negras muy altas, formaban el pórtico natural de un nuevo paso, y algunas bandadas de ánades y de ocas silvestres revoloteaban sobre nuestras cabezas, y sobre las inaccesibles cumbres brillaban todas aquellas continuas y gigantescas fortificaciones, sin que se distinguiera á muchas leguas á la redonda un solo sér humano.



Fortaleza de la gran muralla de la China.

(1) *Anales de la propagación de la fe*, t. XI, p. 284 y 285.

«Al medio día llegamos á la garganta. El bastion que separa la Mongolia de la China no está más que un poco aporillado en su base y en las ventanas; pero la gran muralla que se eleva rápidamente á derecha é izquierda, manteniéndose sobre la cresta de la cadena principal y dominando á lo lejos los montes, está perfectamente conservada, alzándose torres cuadradas en los puntos culminantes, como si fuesen los galones de esta inmensa obra, que dicen cuenta más de dos mil años de existencia.

«¡Este espectáculo me ha impresionado de una manera vivamente grande! Cuando se piensa que en veinte y dos años han construido los hombres mil doscientos kilómetros de muros sobre puntos al parecer inaccesibles, como para oponer á la vía láctea del cielo una via murada sobre las cimas, se cree que es un sueño. Y no obstante, nosotros la hemos escalado y hemos marchado por ella á lo largo y á lo ancho, clavando nuestras miradas al frente á la Tartaria, á la derecha al Pe-tche-ly, donde se hunde á mil metros debajo del nivel del mar; á la izquierda al Tibet, y detrás á las fértiles planicies de la China meridional. Sí, seguramente esa serpiente fantástica de piedra, esas almenas sin cañones, esas aspilleras sin fusiles, esos muros sin un solo defensor, esas fortificaciones que nada protegen y á las que nadie ataca, permanecerán en nuestra memoria como una vision fantástica. Pero á pesar de las ráfagas y de las nubes que querian arrebatarlos, por decirlo así, el testimonio de nuestra vision, poseemos la fotografía de esa obra singular.

«Después de admirar tan pintoresca vista, viene á la mente esta reflexion: ¡cuán marcada se distingue allí la obra de grandes hijos regidos por déspotas! ¡Qué locura la de levantar un circuito continuo, allí donde dos fuertes construidos en los pasos de Nang-kao y de Kon-peikao habrian cerrado la China á todas las invasiones del Norte! ¡Cuántos millares de hombres sucumbirian en aquel trabajo sobrehumano, inútilmente ideado para la defensa de un Imperio que no ha podido en su día detener la invasion!

«Fué preciso, sin embargo, separarnos de la majestad del espectáculo que las cifras no hacen sino atenuar, porque la situacion, la longitud, la inutilidad, el desierto, constituyen sobre todo de la gran muralla un monumento incomparable, cuya altura mide sobre unos cincuenta piés y diez y ocho su anchura, con la base de granito, revestida de largos ladrillos pardos, siendo forzosamente bastante mayor su altura en los sitios en que atraviesa una garganta, ora subiendo, descendiendo luego, costeano y serpenteando como si fuera un reptil viviente. Creí poder llevarme sin escrúpulo un ladrillo del parapeto, como recuerdo de ese monumento de los siglos pasados: es de una pasta parduzca, mide 50 por 12 centímetros, y pesa cerca de quince libras. Lo llevé alegremente sobre la espalda, cuidándolo como si fué una piedra preciosa. Mis seis leguas de regreso por la noche y á pié fueron penosas; porque era preciso saltar de los guijarros á las rocas y de las rocas á los guijarros, y no habia botas que resistieran á los ángulos de cierto mármol verdoso que encontrábamos á cada paso...»

COSTUMBRES CHINAS EN KIANG-SU,

POR EL RDO. P. DESJACQUES, DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

VIII.—*El médico.*

Por más que haga, el hombre no puede escapar á la sentencia del cielo que, en castigo del pecado, condena á todos los hijos de Adán al sufrimiento y á la muerte. Tarde ó temprano, llega el día en que el anciano padre cae enfermo, y aquí, como en todas partes, se manda llamar entonces al médico.

Para ejercer la medicina no se exige ni título ni matrícula, de la misma manera que para estudiarla no hay necesidad de escarpelo ni esqueleto: los libros de medicina indican los síntomas y los remedios, para cuya aplicacion dan experiencia la práctica y la industria, siendo el renombre la mejor ejecutoria. En ciertos casos el médico emprende la cura á precio hecho, recayendo en su perjuicio el mal éxito.

Los remedios consisten por lo general en emplastos para los dolores, y en cocciones para las enfermedades internas. ¿Os duelen las muelas? Pues venga un gran emplasto en el carrillo. ¿Sentís dolores en la espina dorsal? Un emplasto en el espinazo. ¿Dolor de estómago? Un emplasto. ¿Dolores de vientre? Un emplasto. ¿Dolor de cabeza? Tres emplastos; uno en la frente y dos en las sienes. Las jóvenes algo coquetas son al parecer muy propensas á los dolores de cabeza, pues he visto á muchas de ellas ordinariamente adornadas con esos emplastos.

En el estudio de la enfermedad el médico emplea un tiempo considerable estudiando el pulso, para lo cual aplica los cuatro dedos á la vez, primero sobre el brazo derecho y luego sobre el izquierdo, siendo este el gran medio diagnóstico. El Esculapio explica en seguida como el flúido macho no está en equilibrio con el flúido hembra, de lo que resulta un exceso de frío ó de calor, teniendo el remedio por fin que restablecer este equilibrio atemperando el frío para aumentar el calor, ó viceversa.

La prescripcion se da por escrito, indicándose ordinariamente en ella diez, veinte ó treinta ingredientes, algunos de los cuales son muy extraños, por ejemplo: un hilo de seda encarnada, piel de serpiente, asta de ciervo, un cabello de mujer, etc.; de todo lo cual se hace una coccion cuyo liquido traga el enfermo, teniendo el supersticioso cuidado de echar el residuo á la calle ó al camino, pues si se echara á otra parte traeria inevitablemente una desgracia.

Un médico inglés, Mr. Lockart, que tenia una gran práctica de la China y habia establecido una casa de consulta en Pekin, me aseguró que entre estos numerosos ingredientes los habia excelentes, pero que los demás sólo eran puro charlatanismo. La generalidad de los médicos chinos extienden sus recetas como las encuentran en los libros, sin conocer la virtud especial de la mayor parte de los simples que emplean.

Los paganos tienen una multitud de observancias supersticiosas que es bueno conocer cuando se está entre ellos para no ofenderles. Si por casualidad se pide prestada una tartera para preparar una decoccion medicinal y muere el enfermo, no debe devolverse antes de que el propietario la reclame. Los parientes y amigos que ten-

gan la caridad de visitar á los enfermos, deberán verificarlo por la mañana, pues haciéndolo por la noche sería un presagio funesto. Si se os piden noticias sobre un enfermo, debeis contestar siempre que está mejor; y si por el contrario se os quiere expresar que el mal empeora, os dicen que el paciente está mejor, pero que aún le falta mucho para estar bien.

El médico que pierde la esperanza de curar á su enfermo no lo dice terminantemente, sino que pretexto ignorancia, se niega á recetar, y aconseja que se llame á otro más hábil; de suerte que para expresar cuál es el estado de gravedad de un enfermo se dice que ha cambiado de médico tantas ó cuantas veces. Cuando muere un enfermo siguiendo un régimen, se puede intentar un proceso contra el médico que lo ha prescrito. Me han asegurado que á la muerte de un emperador su médico cae invariablemente en desgracia. Aquí no hay escuela de medicina; los médicos se forman estando dos ó tres años al lado de cualquier práctico acreditado y trabajando luego por su propia cuenta.

IX.—Llamamiento del alma.

Cuando el estado del enfermo es desesperado y se han agotado todos los remedios humanos, todavía queda la superstición; se hacen votos al diablo, se promete vestir de nuevo el Pussah de una pagoda, reparar una bonzería, ofrecer cirios ó incienso, hacer celebrar un tríduo de rogativas. Cuando el enfermo entra en la agonía se apresuran á acudir en auxilio del alma, siendo la manera más solemne la de ofrecer un sacrificio en la pagoda, el cual consiste en servir un banquete al ídolo, en el que se le ofrece un puerco representado por la cabeza y la cola; ocho, doce, diez y seis ó veinte y cuatro platos distintos con vino, otros tantos postres variados y té.

Mientras los Pussah aspiran el perfume de aquellos delicados manjares los suplicantes permanecen de rodillas delante del altar, y los bonzos recitan oraciones, lo cual dura pocos instantes. Entonces se levanta el suplicante y se le conduce á un aposento bastante oscuro, donde se le guarda una barca y un palanquin usado por los espíritus. Al entrar debe ofrecer una cantidad de dinero y depositar un paquete de vestidos del enfermo, con tijeras y un pié, medida de sastre. El bonzo llama al enfermo desde el dintel de la puerta, exclamando á voz en grito: «¡Fulano de tal, vuelve! ¡fulano de tal, vuelve!» Mientras tanto los demás empiezan á huronear por todos los rincones del edificio, repitiendo siempre: «¡Fulano de tal, vuelve! ¡fulano de tal, vuelve!» hasta que encuentran un animal vivo, insecto, araña, tortuga, sapo, etc., y entonces gritan: «¡Héle aquí, vuelve, vuelve!» Y cogiéndolo con precaución, se apresuran á llevarlo á casa del enfermo.

El portador no habla con nadie durante el camino, y repite de continuo como un loco: «¡Ya viene! ¡ya viene!»

Cuando no hay facilidad de ir á la pagoda, se contentan con buscar el alma fugitiva en la cocina con las mismas ceremonias, salvo el sacrificio.

Si el enfermo continúa empeorando, colocan pregoneros en los cuatro puntos cardinales y otro en el tejado, el cual se abraza á la chimenea, gritando con toda la fuerza de sus pulmones, como los otros: «¡Fulano de

tal, vuelve! ¡fulano de tal, vuelve!» durante horas enteras, aunque sea por la noche y con mal tiempo. Más de una vez no me han dejado conciliar el sueño los clamores de esos desdichados.

X.—La muerte.

Al encontrarse el enfermo en los últimos momentos, algunos hacen llamar á un *tao-ze*, el cual acude armado de una cuchilla, deposita un vaso de agua cerca de la cama, hace aspersiones, hiende el aire con su cuchilla, á derecha é izquierda, arriba y abajo, en todas direcciones. De repente se detiene, precipitase sobre el vaso de agua, lo vuelve á cubrir con cuidado, y lo lleva religiosamente á la pagoda.

Durante la agonía la habitación se llena de parientes y amigos, los cuales permanecen en silencio. En la cocina se lava el hornillo y se quita una marmita á fin de que el alma, que ya no esperan poder retener, encuentre fácil salida para volar al cielo por la chimenea. La persona más allegada al moribundo, su mujer ó su hija, le asen por la coleta de la cabeza como para retenerle, y le aplican el pulgar sobre el labio superior como para impedir que salga el alma, prolongándose algunas veces esta penosa posición mucho tiempo. Así que el enfermo exhala el último suspiro, se prende fuego á un palo de incienso cuyo humo se eleva llevándose el alma á las regiones superiores, y empiezan desde luego los lloros, los sollozos y los gritos de dolor, entonando las mujeres, las hijas y las nueras mil quejas y lamentos. La costumbre tiene establecido que esta escena se reproduzca durante tres años en ciertos y determinados días y horas.

Tanto como el espectáculo de los últimos momentos de un pagano es aflictivo por la falta de todo consuelo, es edificante la agonía de nuestros cristianos por el celo que tienen los fieles en ayudar á sus hermanos á comparecer ante Dios. Así que se presenta el peligro se advierte á los administradores de la cristiandad, los cuales van con frecuencia á buscar al sacerdote á gran distancia. Las vírgenes se relevan para recitar oraciones, mientras que otros individuos rocían con agua bendita la cama del moribundo, presentando el Crucifijo y exclamando: «¡Jesús y María, salvadme!... ¡Mi santo patrono, rogad por mí!... Vas á comparecer ante Dios, haz acto de contrición... ¡Dios mío!... Tengo gran pesar de haberos ofendido, etc.»

Es probable que esa aglomeración de personas en alta voz fatiguen al enfermo; pero no es menos cierto que todo ello contribuye no poco al bien de su alma. Sucede comunmente en el Kian-su que se trasladan los enfermos á la iglesia para recibir el santo Viático y hasta la Extremaunción, y llega de vez en cuando á sorprenderles la muerte en el camino y hasta en la iglesia; pero si se les han administrado los santos Sacramentos, ¿no son mucho más felices que si hubiesen muerto tranquilamente en su lecho sin recibirlos? Nuestros cristianos tienen bastante fe para comprender esta doctrina, y miran como una gran desgracia el morir sin los auxilios de la Religión.

Los cristianos tienen también la piadosa costumbre de orar mucho por los difuntos, sobre todo en el tercer día después de su muerte, y todos los séptimos días de las siete primeras semanas, así como el día aniversario, du-

rante numerosos años. En estas ocasiones invitan á las vírgenes ó á los administradores de la cristiandad para que vayan á salmodiar con ellos el Oficio de difuntos. Muchos hacen cada año una funcion conmemorativa por todos sus parientes fallecidos, generalmente en la octava de la Conmemoracion de los difuntos.

EFE MÉRIDE.

21 DICIEMBRE 1877.—Muerte del Ilmo. José María Chauveau, vicario apostólico del Tibet.

La vida de este ilustre misionero en las Misiones fué un apostolado lleno de combates y victorias á las cuales sólo faltó la corona del martirio.

Nació de padres profundamente cristianos en Luçon (Vendea) el 24 de Febrero de 1816. Fué ordenado presbítero el 22 de Setiembre de 1838, y entró en el Seminario de las Misiones extranjeras en Octubre de 1843.

Las dos etapas de su largo apostolado fueron: la Mision del Yun-nan en la China, de 1845 á 1864; y su vicariato apostólico en el Tibet, de 1864 á 1877.

Durante los veinte años de su permanencia en el Yun-nan llevó casi siempre una vida errante y llena de peligros; dias que el reverendo Chauveau llamaba festivamente en sus cartas «los tiempos heroicos.» El intrépido apóstol sufrió sin quejarse el calor, el hambre y la sed. Muchas veces tuvo que salir por una puerta huyendo de los satélites que entraban por otra: de dia se refugiaba en montañas inaccesibles, y viajaba comunmente de noche á través de mil peligros. Su cabeza fué puesta á precio, y no faltó un Judas que intentó venderla.

Entre dos persecuciones, nuestro misionero, oculto en una montaña, estudió á fondo las costumbres de la China y escribió un libro sobre la historia del Cristianismo en el Celeste Imperio.

Nombrado por Pio IX en 1864 vicario apostólico del Tibet, el reverendo Chauveau tuvo que abandonar su querida cristiandad del Yun-nan, lo cual fué para él uno de los más costosos sacrificios. Empero su celo y su fe triunfaron de sus afectos, y aceptó con perfecto corazón la cruz que cargaba sobre sus hombros una nueva posicion.

«Trabajaré con todas mis fuerzas, escribia; tendré que sufrir de mil maneras; pero ¿hay sitio en que no se sufra?... Algunas veces tenemos en el Tibet miserias innumerables y sin término... ¿Qué importa? nunca he estado tan contento en mi vida de misionero.»

Efectivamente, los doce años de su vicariato apostólico en el Tibet fueron de incesantes fatigas y trabajos. Sacrificóse sin tregua ni reposo por su nueva Mision. Las heladas montañas del Tibet no pudieron detener su celo, como no pudieron aminorar su valor sus muchos sufrimientos.

Un dia en que le aquejaba un fuerte ataque de gota, visitóle el sabio inglés Cooper, quien se permitió decirle:

—En vuestro lugar, monseñor, maldeciria mi suerte.

El paciente le contestó:

—Pues yo bendigo á Dios, y que se cumpla en todo su santa voluntad.

Encantado de este lenguaje, el viajero no llamó más al Obispo sino con el nombre de «caballero de Cristo.»

Faltáronle, sin embargo, las fuerzas en el momento en que las naciones cristianas del Tibet se encontraban en situacion favorable debida á la habilidad del Vicario apostólico. Despues de treinta y cinco años de pena, no debia gozar de la gloria sino en el cielo; y llegó tan dichoso instante el 21 de Diciembre de 1877.

NECROLOGÍA.

Inglaterra.—Ha fallecido á la edad de 91 años el Ilmo. Mac-Hale, arzobispo de Tuam, en Irlanda. Era una de las personas mas conocida y amadas en aquel país.

Tomó parte activa en el movimiento de emancipacion organizado por Daniel O'Connell, que logró al fin de Inglaterra la libertad de los católicos.

Sus pastorales sobre la Iglesia protestante y sobre la emancipacion católica fueron muy bien recibidas en el Reino-Unido. Con sus discursos y escritos contribuyó á dirigir y alentar á Irlanda en la fase feliz de su prolongado combate por su fe y por su libertad. O'Connell le llamaba el «Leon de la tribu de Judá,» y el *Times* publicaba epístolas irlandesas con este título: «Un nuevo rugido de Tuam.»

Gregorio XVI le distinguió de una manera extraordinaria, regalándole las vestiduras pontificales que se puso hasta los últimos años, en las grandes solemnidades de su antigua metropolitana. En 1849 presidió el Sinodo provincial de Tuam; antes de irse los Obispos [suscribieron una carta colectiva sobre la dolorosa situacion del Padre Santo, entonces en Gaeta.

Se le debe no poco la fundacion de la universidad católica de Irlanda.

Algunas de sus obras han sido traducidas al italiano y al francés. Entre otras deja una traduccion del Pentateuco en celta.

—En los periódicos ingleses leimos la noticia de la muerte casi súbita del Ilmo. Jaime Danell, obispo de Suthwark, ocurrida el 14 de Junio. El difunto

Prelado habia pasado el domingo precedente al lado de Su Eminencia el cardenal Manning. El Ilmo. Danell habia nacido el 14 de Julio de 1821, y fué elegido para la Silla de Suthwark el 10 de Enero de 1871.

Coimbatour (Indostan).—Ha muerto el Rdo. Luis-Jerónimo Gindreau, de la Congregacion de las Misiones extranjeras.

Nació el 9 de Octubre de 1848; hizo sus estudios en el pequeño seminario de Chavagne, y allí, siendo muy joven, encontró el germen de su vocacion al apostolado.

Un dia, leyendo con tres de sus discipulos los *Anales de la propagacion de la fe*, uno de ellos dijo resueltamente á los demás:

—¿Hagámonos misioneros?

—Sí, hagámonos misioneros, —repitieron todos.

Dos de ellos cumplieron su palabra.

La vocacion del Rdo. Gindreau se afirmó definitivamente cursando



+ Joseph-Marie Chauveau,
Evêque de Sebastopolis,
Vic. Ap. du Tibet.

ILMO. JOSÉ MARÍA CHAUEAU, antiguo vicario apostólico del Tibet.